

BIBLIOTECA SELECTA

CRISTOBAL SCHMID

EL HONRADO FRIDOLIN

50



RAMON SOPENA-EDITOR

PROVENZA-93-97-BARCELONA

29154

BIBLIOTECA SELECTA

C. SCHMID

EL HONRADO FRIDOLIN
Y EL MALVADO THIERRY

29050
VERSIÓN ESPAÑOLA DE

J. PÉREZ MAURAS



EDITORIAL RAMON SOPENA, S. A.

PROVENZA, 95

BARCELONA

1934



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Published in Spain

Derechos reservados.

EL HONRADO FRIDOLÍN

I

FRIDOLÍN, SU BUEN CARÁCTER

En una fría mañana de invierno, Fridolín, muchacho dotado de buen carácter y excelente corazón, dirigióse al bosque a recoger leña seca, pues era el encargado de proveer de dicho combustible, durante la época del frío, la cabaña en que habitaban sus pobres padres. Después de haber reunido un voluminoso haz, se lo echó al hombro, abandonó el bosque, y encaminóse hacia un valle encantador, acariciado por los esplendentes rayos del sol; pero no tardó en detenerse ante un risueño manantial, cuyas aguas formaban un arroyuelo que discurría por la pradera entre las plantas y jóvenes arbustos que festoneaban sus márgenes.

Fridolín, después de dejar en tierra el haz de leña, dirigió una mirada a su alrededor, y distinguió, a pocos pasos del manantial, unas apetitosas fresas, las primeras del año. Cogió una buena cantidad de ellas, y colocándolas en una ancha hoja de cardo, se sentó en la verde alfombra para hacer su modesta comida, consistente en un pedazo de pan moreno. La cristalina agua del ma-

nantial le ofrecía excelente bebida, y las fresas que acababa de recoger, le sirvieron de postre.

Cuando Fridolín hubo terminado su frugal comida, vió aparecer de pronto en la cúspide de un montículo una corza acompañada de su cría. El precioso cuadrúpedo detúvose un momento, estiró las orejas, miró atentamente, y después emprendió veloz carrera en dirección al arroyo, siempre acompañada de su hijuelo. Después de beber en el arroyuelo, se puso a pacer la tierna hierba que por aquellos contornos crecía.

—¡Qué mansos y qué hermosos son esos animales!— reflexionaba el buen muchacho—. ¡Qué dulces emociones experimenta el corazón ante este magnífico panorama!

Las reflexiones de Fridolín fueron interrumpidas por una detonación producida por un arma de fuego. Miró en derredor y vió a pocos pasos la pobre corza revolcándose con las convulsiones de la agonía, mientras el pequeño corzo, inmóvil a su lado, parecía experimentar vivo dolor.

Apenas se oyó el tiro, un joven de rostro pálido y traje desgarrado que empuñaba una escopeta, salió de entre la espesura y exclamó, lanzándose hacia el animal:

—¡Esta vez no te escaparás! ¡No he errado el tiro!

Pocos segundos después, vió Fridolín aparecer un hombre de barba y cabellera incultas, y que también empuñaba una escopeta. Vestía, como el joven cazador, un traje andrajoso. Este individuo acabó de matar la corza, se la echó al hombro y emprendió precipitada fuga al divisar a Fridolín. El más joven de los cazadores, después de haber mirado fijamente un momento a Fridolín, siguió el ejemplo del hombre que le acompañaba.

En este instante salió de entre las malezas el joven corzo, que huyó a la vista de los cazadores. Fridolín se apoderó de él sin gran trabajo.

Mientras acariciaba al pobrecito animal, un viejo guardabosque, que acudió a aquellos lugares al oír la

detonación producida por la escopeta del cazador, al ver a Fridolín y el corzo, se ocultó tras una encina y oyó decir al muchacho, mientras contemplaba con triste mirada al lindo animalito :

—¡ Ven a mis brazos, pobre animal, y te llevaré al guardabosque para que te cuide, pues yo no puedo hacerlo, y no te morirás de hambre ! Además, a él le perteneces, y aunque yo quisiera, no me atrevo a llevarte conmigo. Yo le suplicaré que te cuide y no te mate, y quizá accederá a mi ruego.

Mauricio, que así se llamaba el guardabosque, no perdía una sílaba de esto y se reía interiormente, rascándose la barba y moviendo la cabeza, según su costumbre.

Cuando Fridolín se levantó para irse, sufrió un gran susto, viendo al guardabosque delante de sí ; pero se tranquilizó al oír a Mauricio decir :

—No temas ; he oído lo que decías al corzo ; yo no sabría qué hacer con él, y si lo dejase en libertad moriría de hambre, pues aun no sabe comer solo. Quédatelo tú, y si quieres tomarte el trabajo, lo criarás fácilmente.

Fridolín, sin poder disimular su alegría, se echó al hombro su haz de leña, cogió el animalillo bajo el brazo y abandonó aquellos lugares en compañía del guardabosque, el cual, mientras caminaban, explicó a Fridolín la manera de alimentar al corzo, con un poco de agua y leche de vaca.

II

LA MADRE DE FRIDOLÍN

Fridolín volvió a su cabaña más alegre que nunca. Pero cuando su madre notó que llevaba bajo el brazo al inocente animalito, le dijo con acento de reconvención :

—¿ Dónde has robado el corzo ? Lleva inmediatamente el animalito al mismo sitio en que te apoderaste de él.

—Madre querida, déjeme que le explique...

—Te escucho ; habla.

Y Fridolín contó a su madre cómo se hallaba el corzo en su poder.

La piadosa madre sonrió benévolamente a su hijo, que crió y educó tan bien al corzo, que, al poco tiempo, éste conocía su voz y llegó a ser el inseparable compañero de su protector, siguiéndole como un perrito faldero.

Cierto día vino a la cabaña de la pobre familia de Fridolín un muchacho perteneciente a una rica familia, con la intención de comprar el corzo, pero nuestro héroe le dijo :

—Aunque me diera cien pesetas no se lo vendería.

—No pensarás siempre de la misma manera — añadió la madre.

III

EL PADRE DE FRIDOLÍN

Los padres de Fridolín, Nicolás y Margarita, vivían en un extremo de la aldea de Ricourt. Su rústica cabaña era casi tan vieja como el viejo peral que le daba sombra.

Sin embargo, el padre de Fridolín era el hombre más alegre de la comarca, y todos envidiaban su buen humor.

Margarita, su esposa, no siempre disfrutaba del buen humor de su marido, pues con frecuencia se quejaba de su pobreza, y decía a éste :

—Si muriésemos, no podríamos dejar nada a nuestro Fridolín.

—¡Cómo nada! — exclamó Nicolás—. Tú estás muy equivocada ; le dejamos una herencia que vale infinitamente más que todas las riquezas ; le dejamos las grandes enseñanzas : el amor y temor de Dios, la afición al trabajo, y la moderación en los deseos. ¿Crees que esto no es una preciosa herencia? Contentémonos con educar a nuestro hijo en los principios de piedad y virtud, y no nos preocupemos por su porvenir.

IV

UNA GRAN DESGRACIA

Los padres de Fridolín vivían felices, aunque carecían de riquezas. Con su reconocida virtud y trabajo honrado, se consideraban compensados con creces. Estos mismos sentimientos los abrigaba Fridolín en su corazón, y el ejemplo hacía más que todos los discursos. Era noble y bueno como sus padres, y no es de extrañar que los tres viviesen en la más perfecta unión.

Sin embargo, una gran desgracia vino a turbar la paz de esta familia.

Cierto día partía Nicolás leña en el bosque; a poca distancia de él, unos leñadores derribaban una gigantesca encina, que, por falta de precaución, cayó de pronto hacia el sitio en que estaba el pobre hombre, sin que éste tuviera tiempo de retirarse, y una de sus gruesas ramas le derribó, causándole varias heridas y una fuerte contusión en el brazo derecho. Inmediatamente los leñadores acudieron en su auxilio; lo sacaron de debajo de las ramas y le vendaron las heridas lo mejor que pudieron.

Como Nicolás no podía volver a su casa por sus propios pies, los leñadores improvisaron unas parihuelas con algunas ramas para poder transportar al herido.

Cuando la triste comitiva se acercaba a la casa de Nicolás, Margarita y su hijo, que todo lo veían desde una ventana de la casa, bajaron inmediatamente a la calle. Al reconocer en el herido al pobre Nicolás, la desesperación de aquéllos no tuvo límite, y lloraron amargamente.

—No os aflijáis — dijo el herido —; Dios lo ha querido; acatemos su santa voluntad.

Fridolín dirigióse inmediatamente a un pueblo ve-

cino en busca de un cirujano. Cuando éste se presentó, examinó la herida y dijo que, aunque ésta era peligrosa, tenía la seguridad de curarla. Pero, a pesar de su seguridad, la herida se enconó y el cirujano tuvo que confesar que había necesidad de amputar el brazo.

Margarita, consternada con estas palabras, resolvió en seguida ir a la ciudad en busca de un especialista. Este, que era muy interesado, al enterarse de que el he-



...y una de sus gruesas ramas le derribó... (Pág. 9.)

rido era un pobre jornalero y que había que andar tres leguas para asistirle, se contentó con indicar a Margarita algunas plantas medicinales, asegurándole que, con ellas, quedaría curado su marido. Pero la pobre mujer, comprendiendo que aquellas hierbas no eran suficientes para la curación de Nicolás, suplicó al cirujano, lloró, pero todo fué inútil. Volvió a su casa con el alma desolada, y dijo a su marido :

—¿Ves, esposo mío, cómo es una desgracia ser pobre?

—No te aflijas por eso — objetó Nicolás—; Dios vendrá en nuestra ayuda.

V.

EL AUXILIO DESEADO

A una legua de Ricourt, al otro lado del bosque, estaba emplazado el vetusto castillo de Finkenstein.

Después de comer, el dueño de la señorial mansión, el señor de Finkenstein, salió a pasear con el hermano de su esposa, mayor de la guardia, que había ido a pasar una corta temporada en casa de su cuñado.

Federico, hijo del señor de Finkenstein, que empezaba a dar muestras de ser un buen cazador, obtuvo permiso para ir con ellos de caza. Como aun era muy novel en esta clase de ejercicios, Federico no iba muy contento del resultado de su expedición. El guardabosque Mauricio, que lo sabía, deseoso de proporcionar a su joven amo el placer de disparar por lo menos un tiro, le dijo:

—Señor, tengo la seguridad de que hay alguna liebre oculta en ese campo de trébol, detrás de esos avellanos, a un tiro de fusil del bosque. Si queréis apoderaros de ella, colocaos en este sitio, y vuestro padre, con el señor que le acompaña, pueden emboscarse a ambos lados del bosquecillo.

Así lo hicieron, y el guardabosque, seguido de su perro, penetró en la espesura.

De pronto, el perro lanzó un ladrido y el lindo corzo de Fridolín salió de las malezas, no muy lejos del sitio en que estaba Federico.

El precioso corzo estaba ya muy crecido y tenía la cabeza adornada de dos pequeños cuernos. Federico disparó sobre él, y el animalito, asustado, emprendió veloz

carrera. Felizmente no estaba herido, y Federico se admiró de verle dirigirse hacia la aldea, pasar con grandes precauciones la estrecha tabla colocada sobre el arroyuelo del molino y entrar tranquilamente en la casa que habitaba Fridolín.

Durante esta escena, el señor de Finkenstein y su cuñado, al oír el disparo hecho por Federico, acudieron a donde éste se encontraba, y le preguntaron qué había matado. El joven les explicó lo que le había sucedido con el corzo, y celebraron lo ocurrido.

Federico, que ignoraba que esos animales pudiesen ser domesticados, preguntó al guardabosque, y éste le contó de qué modo vino el corzo a manos de Fridolín. Federico rogó entonces al guarda que le acompañase a la cabaña para ver al animalito que estuvo a punto de morir a sus manos.

Mauricio accedió a los deseos del joven, y, pocos minutos después, entraban en la morada de Fridolín. En aquella humilde habitación, aunque pobre, reinaba una gran limpieza. Nicolás estaba en la cama y su hijo estaba sentado en un banco entretenido en dar pedacitos de pan a su inseparable amigo el corzo. Federico quedó extasiado contemplando aquel lindo animal.

Mientras tanto, el señor Finkenstein y su cuñado, que iban muy despacio, llegaron ante la cabaña, y este último dijo :

—Finkenstein, como esta pintoresca aldea es de tu propiedad, voy a visitarla, y no tardaré en volver para unirme a vosotros.

El padre de Federico entró en la cabaña, y, al ver al enfermo, le preguntó qué mal padecía. El pobre enfermo le explicó la causa de su desgracia.

Federico, aprovechando una pequeña pausa que hizo su padre, le preguntó si aquellas pobres gentes querían venderle el corzo.

Fridolín, que oyó la pregunta del joven, dijo :

—Hace quince días que he rehusado una crecida can-

tividad por él ; pero en este momento lo vendería con gusto para poder pagar al cirujano de la ciudad, a fin de que cure a mi padre.

El noble señor, conmovido por esta prueba de amor filial, entregó al leñadorcito dos escudos ; lo cual era para él una fabulosa cantidad.

El señor de Finkenstein creyó que aquellos escudos serían suficientes, pues le pareció que la herida no era peligrosa.

VI

FELIZ DESCUBRIMIENTO

Cuando el señor de Finkenstein se disponía a abandonar la humilde choza, hizo su aparición su cuñado, hombre de elevada estatura, que tuvo que quitarse el sombrero para no dar con la cabeza en el techo. Tomó la única silla de madera que había en la habitación y se sentó junto al lecho del enfermo, y dirigiendo una mirada en torno suyo, dijo a Nicolás :

—En medio de esta pobreza poco adelantará vuestra curación. ¿No os prestan su ayuda vuestros parientes y amigos?

—No tengo parientes ni amigos en esta tierra ; pues he nacido a veinte leguas de aquí.

—¿Dónde? — preguntó el mayor.

—En Corimón.

—Conozco mucho ese país, pues en él me aconteció una aventura muy singular, que por poco me cuesta la vida ; pero gracias a un tal Nicolás Werner...

—¡ Nicolás Werner ! — exclamó el enfermo—. También me llamo yo así.

—¿Ese es vuestro nombre? — preguntó, sorprendido, el mayor, y tomando la mano del leñador, le miró atentamente.

Después de un detenido examen, añadió :

—Sí, me parece que sois el mismo ; no os he visto

más que una vez en mi vida, pero no olvidaré nunca vuestras facciones. Entonces erais joven y robusto, y ahora estáis pálido y demacrado, pero no me engaña vuestra mirada. ¡Cuánto os agradecí vuestra heroica acción!

—Pues yo, señor, no recuerdo haberos visto nunca.

—¡Ya lo creo que me habéis visto! — y dirigiéndose a su cuñado y a su sobrino, añadió—: Escuchad lo que me aconteció. Un día me dirigí a caballo a través del bosque cercano a Corimón para visitar a uno de mis compañeros de estudios, que vivía bastante lejos de mi casa. Tenía yo entonces cerca de diez y ocho años. Llevaba sobre mi caballo una maleta que contenía varios objetos de valor. El sol empezaba a desaparecer en el horizonte. De pronto oí una voz estentórea que me pareció salía de entre las malezas, y que me gritaba: «¡Alto! ¡Alto!» Tal fué el espanto que se apoderó de mí, que espoleé mi caballo, y emprendí una carrera desenfrenada. Entonces me dispararon dos tiros; una de las balas, que conservo como recuerdo, penetró en mi maleta. Viendo que yo no me detenía, los ladrones, que eran dos, se lanzaron en mi persecución, gritándome con todas sus fuerzas: «¡Alto, alto, o eres muerto!» Yo no hice caso a la intimación de aquellos malvados; mi caballo galopaba y no temía que me alcanzasen. Desgraciadamente el camino era muy empinado, y, por añadidura, pésimo. Mi caballo resbaló y yo rodé con él. Sin embargo, no me hice daño alguno. Al ir a levantarme del suelo, uno de los ladrones precipitose sobre mí, sable en mano, amenazándome; pero en esto salió del bosque un joven que llevaba sobre sus hombros un haz de leña y en la mano un descomunal garrote. Al verme en tal apuro, tiró su carga al suelo, corrió en mi auxilio y, blandiendo el garrote, descargó un fortísimo golpe sobre el brazo del ladrón. Este dejó caer el sable y huyó al bosque lanzando agudos gritos de dolor. Inmediatamente me apoderé del sable para defenderme

del otro ladrón, que me atacaba furiosamente. Este bandido era alto y de mirada terrible y manejaba el sable mucho mejor que mi maestro. Seguramente me hubiera tendido a sus pies a no ser por mi libertador, que le atacó por detrás con su garrote, obligándole a huir hacia el bosque. El hombre que me protegió es este que aquí veis; es el pobre Nicolás. ¿Verdad, amigo mío?

—Sí, señor, aquel hombre era yo — replicó el enfermo—; y en prueba de ello os recordaré que llevabais una casaca verde bordada de oro y un sombrero con una pluma blanca. Vuestro caballo, que tenía una raya en la frente, al caer se había herido una pata y cojeaba. Por eso tuvisteis que ir andando hasta Corimón y yo os acompañé. Pero ahora no os hubiera reconocido.

—Os estoy sumamente agradecido, buen Nicolás — dijo el mayor—; os ruego que me perdonéis el no haber pagado antes esta deuda de honor. Yo apunté vuestro nombre en mi cartera; pero entonces era yo un joven inexperto y no me abundaba el dinero. Además, abracé la carrera de las armas y la guerra me llevó de pueblo en pueblo; pero siempre os he recordado.

Nicolás, que ignoraba que aquel señor fuese cuñado del señor de Finkenstein, le preguntó:

—¿Y cómo habéis descubierto mi cabaña?

—Este precioso animalito — respondió el mayor, señalando al corzo — nos ha mostrado el camino. Reconozcamos en esto la mano de la Providencia, que me ha encaminado hacia aquí en momentos en que puedo seros útil.

El mayor deseó enterarse minuciosamente del estado del enfermo. Examinó con gran atención el brazo del paciente y quedó poco satisfecho, pues por haber estado en la guerra entendía algo de heridas.

—Buen Nicolás — dijo—, os hacen falta socorros, pero inmediatamente, pues estáis en peligro. Con la ayuda de Dios yo os prestaré cuantos auxilios sean necesarios, y así podré pagaros la deuda contraída con vos.

VII

ESPLÉNDIDO SOCORRO

—Voy inmediatamente a dar orden a mi criado para que vaya a la ciudad a traer a ese cirujano tan poco complaciente — dijo el mayor—. Si os salva, le recomendaré espléndidamente. En cuanto a los alimentos que necesitáis para fortaleceros, corren de mi cuenta. Conque no os desaniméis, y confiad en Dios, que pronto estaréis bien.

En este momento se presentó Margarita, y quedó sorprendida al encontrar en su choza al señor de Finckenstein, a su cuñado y al joven barón. Cuando se enteró del espléndido socorro ofrecido a su marido, exclamó, cayendo de rodillas :

—Gracias, Dios mío, por vuestra intercesión.

Aquella escena conmovió a todos los presentes.

Fridolín sólo pensaba en la manera cómo llevarían el corzo al castillo sin que éste se resistiese a ir. El mayor resolvió pronto la dificultad, diciendo a Fridolín que les acompañase, y el corzo siguió tras ellos como un perrillo.

Aquella misma tarde presentóse el médico a visitar al enfermo. Examinó detenidamente la herida, hizo un gesto de contrariedad, y después de echar pestes contra el cirujano de la aldea, añadió :

—Si llego algunas horas más tarde, hubiera tenido que amputar el brazo. No obstante, aun hay remedio, y dentro de seis semanas estará curado.

Así sucedió en efecto ; pues seis semanas después, Fridolín, Margarita y Nicolás pudieron dirigirse al castillo para dar las gracias al generoso mayor.

Este, sabiendo que, aunque la herida estaba perfectamente curada, el pobre Nicolás no podría servirse de



...iba todos los domingos al castillo para ver su querido
corzo y jugar con él. (Pág. 17.)

su brazo para trabajos fatigosos, según manifestó el médico, señaló al padre de Fridolín una buena pensión, que prometió aumentar cuando tuviese más edad.

En cuanto al corzo, se hallaba muy bien en el jardín del señor de Finkenstein, rodeado de altas tapias.

Fridolín, con el consentimiento de sus padres y de los señores de Finkenstein, iba todos los domingos al castillo para ver su querido corzo y jugar con él. Casi siempre encontraba en el jardín a la familia de Federico, con el cual jugaba.

Un día en que la señora de Finkenstein contemplaba cariñosamente al pequeño Fridolín, dijo a su esposo :

—¡Qué lástima que este buen muchacho esté destinado a ser un simple leñador !

—Si quieres, podremos tenerlo a nuestro servicio — respondió el señor de Finkenstein—. Podría acompañar a Federico en sus estudios y sernos útil en algo. Más tarde veremos lo que podemos hacer de él.

—Te has adelantado a mis deseos — replicó la madre de Federico—. Es una obra de caridad dar educación a los niños pobres.

Previo el beneplácito de sus padres, Fridolín fué recibido en el castillo, y no tardó mucho tiempo en granjearse el cariño de sus nuevos amo

VIII

LA JUVENTUD DE THIERRY

En la villa de Minardeau, enclavada a algunas leguas del castillo de los señores de Finkenstein, vivía un hombre honradísimo, llamado Juan May. Era considerado como un buen arquitecto y maestro de obras, y su esposa Magdalena pertenecía a una excelente familia. Este matrimonio vivía con desahogo, y su casa era una de las mejores de la villa.

Tenían un hijo único, que era su encanto. Juan May, que amaba hasta la exageración a su hijo, y quería hacer de él un buen cristiano y digno ciudadano, se esmeraba en su educación. Su madre cifraba sus esperanzas en que el pequeño Thierry llegase a ser el hombre más feliz y más considerado de la villa, y jamás le corregía sus defectos.

A pesar de la severidad del padre, Thierry le profesaba un respeto filial más sincero que a la madre, quien se admiraba de ello sin comprender que no puede haber cariño filial donde no hay respeto. Por eso el padre le decía con frecuencia a su mujer :

—Los niños deben, ante todo, aprender a temer a sus padres ; el amor hacia ellos vendrá después. La Sagrada Escritura dice que el temor de Dios es el principio de la sabiduría.

La prematura muerte de aquel dechado de padre, fué una gran desgracia para toda la familia. Juan May enfermó a causa de un enfriamiento, y comprendiendo que el mal que le aquejaba le iba aproximando al sepulcro, aprovechó sus últimos momentos para recomendar a Magdalena la educación de su hijo.

IX

THIERRY EN LA ESCUELA

Al principio, Thierry, que amaba tiernamente a su padre, sintió mucho la muerte del autor de sus días ; pero pronto se olvidó de su pena.

Empezó por dejar de cumplir sus deberes de estudiante y abandonó libros y cuadernos de escritura. Su madre se lo toleraba todo y hasta se reía de sus travesuras, lo que perjudicó en gran manera al muchacho.

Pero llegó un día en que la madre dejó de darle el



dinero que él quería, y Thierry empezó a robar en su casa no sólo dinero, sino cubiertos y otros objetos que vendía a cualquier precio. La madre nunca sospechaba de su hijo, sino de las criadas y extraños, y hasta en una ocasión echó a la calle a una de ellas porque culpaba a Thierry de ser el autor de los robos.

El niño vagaba a su capricho, y pocas veces se le veía en casa. Pegaba a los muchachos de su edad; se iba al campo en busca de nidos, y cuando descubría alguno se apoderaba de los pobrecitos pajaritos y los martirizaba con bárbara alegría. Siempre en compañía de los granujas, aprendió de ellos innobles vicios y pronto fué maestro en el arte de la maldad. La expresión y lividez de su semblante indicaban bien a las claras la corrupción de su alma. Cuando por la noche volvía a su casa, llevaba el traje roto y manchado, a pesar de que su madre gastaba mucho en vestirlo. Por todas partes era conocido con el nombre de «el malvado Thierry».

THIERRY, APRENDIZ DE CERRAJERO

A pesar de la poca instrucción recibida, Thierry abandonó la escuela cuando tuvo la edad de aprender un oficio; pero ningún maestro lo quería admitir de aprendiz, y muchos manifestaban a la madre que su mala educación era la causa de ello. Magdalena reflexionó, y entonces comprendió que había sido demasiado débil para corregir las faltas de su hijo. No sabiendo qué partido tomar, cuando estaba sola derramaba abundantes lágrimas. Por fin, se decidió a hablar al hijo muy seriamente, exhortándole a que se corrigiera; pero el muchacho no hizo el menor caso.

Por fin, un honrado cerrajero, amigo íntimo del padre de Thierry, tuvo lástima de la apurada situación de la madre, y admitió a Thierry en su casa como aprendiz. Se esmeró en corregir al muchacho, pero todo fué inútil. Este no tenía afición al trabajo, y, aunque bastante listo, era perezoso en extremo. Como era sumamente aficionado a las golosinas, no teniendo bastante dinero para comprárselas, sólo pensaba en procurárselo de cualquier modo. Por eso lo que mejor aprendió fué a abrir toda clase de cerraduras, y se hizo secretamente algunas llaves falsas, que siempre llevaba escondidas en el bolsillo.

Un día que el maestro cerrajero y su esposa asistieron a una boda, Thierry quiso probar su habilidad y se apoderó de algunos escudos y una cadena de plata, que estaban guardados en un armario. Al siguiente día, la mujer del cerrajero echó de menos aquellos objetos, y se lo participó a su marido. Este, sospechando de Thierry, registró su habitación y halló, entre la paja de su jergón, no sólo la cadena y los escudos, sino también un reloj de oro, dos cucharas de plata y varios pastelillos.

Entonces el maestro recordó que, pocos días antes, había estado trabajando con el muchacho en casa de un rico negociante, de donde había desaparecido un reloj de oro, que resultó ser el mismo que tenía en la mano. También descubrió, por las iniciales grabadas en las cucharas, que eran del farmacéutico, en cuya casa las robó Thierry un día que fué a cobrar una cuenta.

El cerrajero, horrorizado, bajó a la tienda y preguntó a Thierry de dónde procedían aquellos objetos encontrados en su jergón. El novel ladrón creyó que podría salir del paso con mentiras y zalamerías; así es que lloró y protestó de su inocencia, diciendo:

—Los habré escondido en mi cama alguno de los muchos envidiosos que tengo, pues yo no he robado nada.

Indignada de semejante desvergüenza, la mujer del cerrajero empezó a dar grandes voces, acudieron los vecinos y ella les informó de las fechorías del muchacho.

El honrado cerrajero estaba afligidísimo, y no decía una palabra. Por fin, se acercó a Thierry, le agarró por un brazo y lo encerró en su habitación para que no se escapase.

Al poco rato volvió el cerrajero acompañado de un gendarme y de una multitud de chiquillos.

El gendarme y el maestro cerrajero abrieron la puerta del cuarto donde estaba encerrado Thierry; pero quedaron sorprendidos al ver que había desaparecido, sirviéndose de una sábana atada a la ventana.

—Por mucho que corra, caerá en nuestras manos—dijo el gendarme.

Los que aguardaban en la calle, se marcharon profiriendo mil injurias contra el ladrón. En todo el pueblo sólo se hablaba del malvado Thierry.

Su pobre madre recibió un golpe terrible al saber lo ocurrido. Avergonzada, se encerró en su habitación, y dió órdenes para que dijeran a cuantos venían a verla, que no estaba en casa. Secretamente envió mensajeros en busca de su hijo, prometiendo recompensar esplén-

didamente al que se lo trajese ; pero ninguno lo encontró.

La infeliz mujer contrajo una grave enfermedad que la retuvo en cama varias semanas, y, cuando se restableció, no se atrevía a salir de casa, y se pasaba el tiempo vertiendo amargas lágrimas.

XI

THIERRY FORMA PARTE DE UNA CUADRILLA DE CAZADORES FURTIVOS

Thierry, después de escapar por la ventana de su cuarto, se dirigió al bosque de Minardeau, situado muy cerca de la aldea, y anduvo errante, atormentado por el hambre y el frío, y llorando su desventura. Reprochábase su mala acción e hizo propósito de no robar más, pero esta promesa era más bien hija del miedo que del arrepentimiento.

De pronto levantó la cabeza y vió en su presencia a un hombre harapiento y cargado con un haz de ramas de abedul, que le contemplaba. El desconocido llevaba pendiente de los hombros una cantimplora y un zurrón de caza, y empuñaba un nudoso garrote.

—¡Hola, pilluelo, me alegro encontrarte ! ¡ Ya estoy enterado de tus hazañas ! He estado vendiendo escobas en el pueblo, y allí me han enterado de todo. La cárcel te espera.

Thierry, transido de horror, cayó de rodillas a los pies de aquel hombre, y le dijo entre sollozos :

—¡ Tened compasión y no me entreguéis a la policía !... ¡ Estoy muerto de hambre y cansancio ; dadme un pedazo de pan si tenéis y prestadme asilo esta noche, porque, si no, me moriré de hambre y frío en este horrible bosque !

—No te aflijas, muchacho ; lo que te he dicho es una broma ; lejos de hacerte daño, voy a sacarte de apuros — y abriendo el zurrón, continuó diciendo al mucha-

cho— : ¡ Ahí tienes pan !—. Después, tomando el frasco, bebió primero y se lo presentó a Thierry, diciéndole— : Bebe de este aguardiente, que es una excelente medicina para reanimar el cuerpo.

Thierry tomó lo que su salvador le ofrecía, y comió y bebió ávidamente.

—Ahora sígueme — le ordenó aquel hombre—. Tendremos para cenar un excelente asado y buen vino, y te brindaré un lecho de hojas secas y musgo.

Thierry, asombrado, se atrevió a preguntar :

—¿Quién sois?

—Me llamo Santiago, el vendedor de escobas tan conocido en toda la comarca. Mi amo tiene arrendados los cotos del contorno. Ven conmigo y no te pesará.

Thierry, más tranquilo, y repuestas sus débiles fuerzas, siguió al desconocido sin vacilar.

Después de una hora de penosa marcha por entre malezas llenas de zarzas, que causaban al muchacho grandes sufrimientos, llegaron al fin a lo alto de una escarpada roca y penetraron en un estrecho y oscuro desfiladero. Poco después desembocaron en un anchuroso valle. Detrás de una roca cubierta de malezas se alzaba una espesa columna de humo y un vivo resplandor iluminaba una gran extensión de terreno.

—Ya hemos llegado — observó Santiago, y, dirigiéndose hacia el ángulo de la roca acercáronse a una hoguera cuyas llamas se elevaban en espesos torbellinos.

Un hombre de elevada estatura, de negros y rizados cabellos, estaba recostado contra la roca. A pesar de la pobreza de su traje, se notaban en él cierta elegancia y superioridad. Apoyada en la roca se veía una escopeta de dos cañones, y a los pies del hombre veíase un ciervo recién muerto. El nuevo personaje lanzó a Thierry una mirada centelleante, pero no le dirigió ni una sola palabra. Sin embargo, su presencia infundió al muchacho un gran temor y respeto.

Cerca de la hoguera había otro hombre en mangas

de camisa, ocupado en asar un corzo en un asador de madera. A su lado, sobre la hierba, había un barrilito, y un vaso de tierra, negro como el carbón, servía a la vez de vaso y de botella.

—Santiago — dijo el que asaba el corzo al vendedor de escobas—, ¿quién es ese nuevo camarada que nos has traído? ¿Podemos fiarnos de él?

—Sí — dijo Santiago, soltando su carga—, pero, antes de explicarte nada, voy a echar un trago.

Dicho esto, sacó del zurrón cuanto contenía, y añadió :

—Aquí tenéis pan y sal ; queso de Eydam ; excelente tabaco ; además, juego de cartas ; y, lo que es más importante, traigo pólvora y balas.

Después, volviéndose a Thierry, le dijo :

—Vamos, maese Thierry, arrímate al fuego para calentarte. No estés triste, pues nuestro tonel está lleno, y el asado estará pronto en disposición de dejarse comer.

—Perfectamente — exclamó el que hacía de cocinero— ; el nuevo camarada podrá reemplazarme.

Thierry se colocó junto al fuego y empezó a dar vueltas al asador.

Santiago encendió su pipa, y después de dos bocanadas, se puso a referir la historia de Thierry. Cuando hubo terminado, añadió :

—Creedme ; este muchacho, a pesar de las atrocidades que dicen de él, no es tan malo como creen. Así, pues, he resuelto traérmelo aquí y enseñarle a hacer escobas. Además, cuidará de la limpieza de las escopetas, y su destreza podrá sernos útil en muchas ocasiones.

Santiago dirigió una mirada al hombre que estaba recostado junto a la roca, y le preguntó :

—¿Qué opináis, mi amo?

Este se encogió de hombros y no contestó.

—¡Pardiez !—insistió Santiago—, yo creía que este muchacho tan listo os agradaría más.—Y dirigiéndose al chico, le dijo— : No te desanimes, muchacho ; te quedarás con nosotros y no te pesará. Pero es preciso que

te des a conocer mejor a tu nuevo amo. Ese señor tan serio que está apoyado en la roca y no fuma ni bebe, se llama Waller. Habla muy pocas veces, pero, cuando habla, lo hace a las mil maravillas. No creas que es un ignorante, no, pues ha estudiado mucho.

—¿Quién se atreve a hablar así?—exclamó Waller, dirigiendo una expresiva mirada a Santiago—; ¿qué le importa a ese chiquillo...? El vino te hace hablar, San-



Thierry se colocó junto al fuego y empezó a dar vueltas al asador. (Pág. 24.)

tiago, y si no callas... — y dirigió la vista a su escopeta.

—Sí, es cierto—replicó Santiago—; cuando bebo hablo lo que es y lo que no es. No hagas caso de lo que digo, Thierry—dijo después, dirigiéndose al chico—, pues, como habrás notado, bromeo algunas veces. Ese otro señor, que bebe y fuma, no es tan quisquilloso. Se llama Groux.

—Dile también cómo te llamamos — le interrumpió Waller, con grave acento.

—Estos señores me llaman *Tragavino*, porque me agrada mucho el mosto. Al principio me enfadaba que me llamasen así, pero ya no hago caso. Aquí, donde me ves, he sido muy rico, pero hoy soy un simple vendedor de escobas. Mas, ¡qué importa! con tal que no falte nunca un buen vinillo en el barril...

Groux, cuando acabó de fumar, dió una vuelta al asado y dijo :

—¡Ya está en su punto! Tú, Santiago, colócalo encima de esa piedra plana.

Mientras Santiago hacía lo que se le mandaba, Groux se alejó con un vaso de agua que colocó cerca de Waller. Este, que permanecía de pie, cortó, antes que ninguno, un trozo del asado, y después de comérselo, se bebió el vaso de agua. Luego les tocó el turno a sus compañeros, que se sentaron en torno del fuego, comieron y bebieron copiosamente, mientras Waller dirigióse al riachuelo y se paseó a sus orillas sin hacer caso de la lluvia y la nieve que empezaba a caer.

—A pesar de lo extraño que es — decía Santiago—, es un excelente amo... Se ha marchado, ¡mejor!, así tendremos más libertad — y, llenando el vaso de vino, brindó por Thierry, exclamando— : ¡A tu salud, Thierry!... Dime, ¿te agrada nuestra compañía?

Thierry, calado de agua hasta los huesos, casi tostado de un lado y helado de otro, se llevó la mano a la cabeza, que sentía mareada, y dijo con voz triste :

—¡Contentísimo! No conozco nada más alegre.

XII

THIERRY ENTRE LOS LADRONES

Al fin la lumbre de la hoguera redujose a cenizas, la lluvia cesó y las nubes se disiparon, dando paso a la luz de la luna. Waller acercóse a sus compañeros, y les dijo con tono de reconvención :

—¿Cuándo vais a acabar? ¡Ea! ¡Arriba todos! ¡Y tú, Groux, cubre con ramas de abeto el ciervo; mañana lo llevará Santiago a quien ya sabéis; de seguro que no olvidará el tonel. Daos prisa. Quizá me uniré luego a vosotros.

Dicho esto, tomó su escopeta y se perdió en la espesura del bosque.

Santiago y Groux ejecutaron inmediatamente las órdenes de su amo y emprendieron la marcha en compañía de Thierry. La expedición fué penosísima y de nuevo empezó el martirio del muchacho.

—¡Vamos! ¡No te desanimes, chiquillo! — decíale Santiago—; ¡un esfuerzo más, y pronto verás nuestro soberbio castillo!

Al fin, a la luz de la luna, Thierry descubrió una torre de aspecto siniestro y medio destruída, adonde no tardaron en llegar. Groux empujó algunas piedras que dejaron al descubierto un boquete por donde pasaron los tres. Después volvió a tapar la abertura aquella, y en medio de una densa obscuridad, tomaron un sendero estrecho que los condujo a su guarida. Groux encendió lumbre, y Thierry pudo ver el sombrío aspecto de aquella morada desconocida. Había allí, en revuelto montón, multitud de objetos y utensilios de cocina, trajes, fusiles, pistolas, sables, etc. En un rincón, y extendido por el suelo, había hierba y hojas secas, que servían de lecho a los ladrones. Estos se acostaron, se cubrieron con mantas bastante usadas, y durmieron hasta el día siguiente.

¡Esa era la sociedad en que vivía Thierry! Aunque aquel género de vida no le agradaba, acabó por acostumbrarse a ella, a pesar del miedo que le inspiraba Waller.

Este tenía para sí una habitación en las ruinas del castillo, que se comunicaba por medio de un misterioso pasadizo. En un rincón del subterráneo había una piedra giratoria que daba paso a un corredor oscuro a

cuyo extremo había una escalera de caracol que conducía a las ruinas de la torre. En dicho corredor existía otra puerta, también de piedra, que daba acceso a un sótano de reducidas dimensiones, muy bien alumbrado y limpio, que recibía la luz por una ventana de vidrios. En dicha habitación había un cómodo lecho, una silla y una mesa con algunos libros. Este era el refugio de Waller, donde pasaba, completamente solo, días enteros. A veces se ausentaba con Groux y tardaba varios días en volver.

Thierry no se separaba nunca de Santiago, el cual le regaló una preciosa escopeta, que en poco tiempo aprendió a manejar perfectamente. Existía una gran confianza entre los dos. Con frecuencia, Santiago le hablaba de robar y saquear, y Thierry comprendió, al fin, el género de vida de su protector, sobre todo cuando había bebido.

Un día dijo Santiago al muchacho :

—¿Tú crees que yo soy vendedor de escobas? Pues no lo creas : eso no es más que un pretexto para entrar en las cocinas de los ricos y saber si tienen necesidad de caza, y al mismo tiempo para ver si hay algún objeto que pueda sernos útil.

XIII

CONFABULACIÓN DE LOS LADRONES

En una ocasión en que los compañeros de Thierry se encontraron sin recursos, Santiago y el muchacho se dirigieron a una posada situada en medio del bosque. El posadero era el encubridor de los ladrones, a quienes, a cambio de una tabaquera de plata que habían robado, entregó gran provisión de víveres. Los ladrones volvieron a la cueva que les servía de asilo para darse un banquete.

Santiago, al entrar, dijo a Groux :

—¡Viva la alegría, Groux ! Aquí tienes vino, tabaco,

y, sobre todo, cartas nuevas. ¡Bebamos, fumemos y juguemos!

Waller, según costumbre en él, se paseaba solo y cabizbajo por entre las ruinas. Groux le suplicó que bajase al subterráneo para disfrutar del festín, pero Waller, haciendo un movimiento negativo con la cabeza, siguió su paseo. Groux se retiró, y al poco rato volvió llevándole su ración. Mientras el jefe de los bandidos comía, sus compañeros se divertían alegremente.

Groux tomó la palabra, y dijo :

—Estos agradables momentos van disminuyendo cada día, amigos míos. Cuando nuestras provisiones se acaben, ¿qué haremos? Es preciso dar un buen golpe de mano, y con su producto establecernos en otras comarcas. ¿No os parece que en el castillo de Finkenstein podríamos hacer un buen negocio?

—¡Qué locura! — exclamó Santiago — ; ¿cómo penetraríamos en ese castillo, que está defendido como una fortaleza?

—Sí que está bien defendido — replicó Groux —, pero a fe de antiguo soldado no hay fortaleza que resista, mientras haya dentro un amigo que nos facilite la entrada... Me parece que Thierry puede sernos útil para esta empresa... Escuchad mi proyecto. Estamos en otoño ; cuando las tardes son buenas, el barón y su familia van a cazar becasinas. Pues bien, Thierry, fingiendo haberle ocurrido un accidente, procurará ser visto por los dueños del castillo cuando vuelvan de su excursión. Estos, compadecidos del muchacho, se lo llevarán consigo, le curarán y le proporcionarán un lecho donde pasar la noche. Cuando todos los habitantes del castillo estén entregados al sueño, Thierry nos abrirá una de las puertas y penetraremos tranquilamente en él.

—Me agrada tu proyecto — aprobó Santiago, después de reflexionar un momento —, pero esa idea no es tuya, sino de nuestro sabio amo. Pero me opongo a ello, pues ya sabes que debo muchos favores a la familia de

Finkenstein, y no quiero que sean víctimas de nosotros.

—¡Bah! — dijo Groux—; esas gentes son demasiado ricas, y les importaría muy poco que nos apoderáramos de algunos de sus relucientes escudos.

—Sí, pero el señor de Finkenstein no se dejará despojar tan fácilmente, y la empresa nos podría costar muy cara.

—No tengas cuidado, el señor Waller ha tomado sus medidas para que no nos toquen ni a un cabello; es prudente y no le gusta derramar sangre; él mismo dirigirá el ataque y hará de modo que nadie se entere. Sin embargo, bueno es llevar armas por lo que pueda suceder.

—Si el señor Waller viene con nosotros, la victoria es nuestra y soy de la partida — añadió Santiago, y llenando un vaso de vino, exclamó—: ¡Viva el señor Waller! ¡Qué grandes ventajas reporta el haber estudiado! — Después añadió—: Escuchadme ahora, pues, cuando bebo, suelo tener buenas ideas. Como yo he pertenecido a la servidumbre del señor de Finkenstein, conozco el castillo palmo a palmo. Las habitaciones son magníficas. En una de ellas están guardados el oro, la plata y las alhajas. Debajo de esta habitación, al extremo de un largo corredor, hay una gran puerta que da al jardín y cuya cerradura podrá abrir Thierry fácilmente durante la noche; éste será su golpe maestro.

Interrumpióse un momento y luego continuó, dirigiéndose a Thierry:

—Cuando te encontré en el bosque, ya sabía que tú eras aprendiz de cerrajero, y se me ocurrió que tú podrías abrírnos las puertas y armarios cuya llave no estuviese en nuestro poder, y por eso te traje con nosotros. Esta es la ocasión de demostrarnos tu agradecimiento, amigo mío. ¿Quieres facilitarnos la entrada al castillo de Finkenstein?

—¿Por qué no? — respondió Thierry—. Quiero ensayar mi arte y espero que quedaréis contentos de mí.

—Mañana por la noche — dijo Groux, satisfecho—, llevaremos a cabo nuestro proyecto.

Los dos malvados pasaron el resto de la noche dando instrucciones a Thierry para el buen éxito de la empresa.

Al día siguiente los malhechores emprendieron la marcha hacia el castillo de Finkenstein, armados y preparados convenientemente. El muchacho iba provisto de sus llaves y ganzúas, o, como él decía, sus útiles de trabajo. Cuando ya anochecía, se emboscaron a algunos centenares de pasos de Finkenstein para espiar la llegada del barón y su familia.

XIV

FARSA DIABÓLICA DE THIERRY

Era una hermosa tarde de otoño. Los dueños del castillo salieron de su morada con el propósito de disfrutar de aquella tarde apacible, y, detrás de ellos, marchaban el viejo Mauricio y uno de sus hijos, que llevaba las redes para cazar las becasinas. Los expedicionarios encamináronse a un claro del bosque, que parecía dispuesto para la caza. Después de tender las redes se sentaron tranquilamente; pero transcurría el tiempo, y no acudían las becasinas. La claridad del día amortiguábase cada vez más, y la luna, velada hasta entonces, iba adquiriendo paulatinamente más brillantez. Al fin, después de haber casi perdido la esperanza, cayeron en la red dos hermosos ejemplares de aquellas aves.

Los honrados habitantes del castillo, satisfechos, emprendieron tranquilamente la vuelta a su morada.

El malvado Thierry estaba ya al borde del camino, con una pierna envuelta con tantos trapos, que parecía estar hinchada desmesuradamente. La obscuridad era ya intensa cuando la familia llegó al sitio donde estaba el pérfido muchacho. Federico fué el primero que des-



...estaba ya al borde del camino, con una pierna envuelta con tantos trapos... (Pág. 31.)

cubrió aquel bulto que se movía junto a un espino, y exclamó :

—¿Quién está ahí?

Thierry fingió levantarse penosamente, valiéndose de un palo, y se acercó a la familia Finkenstein en ademán suplicante.

—¿Qué haces ahí a estas horas? ¿De dónde vienes y a dónde vas? — preguntóle el padre de Federico.

Thierry lanzó un profundo suspiro, y respondió con voz compungida :

—¡ Ah, señor ; soy muy desgraciado ! No tengo hogar, mis padres han muerto y me veo reducido a mendigar. Por más que quiero trabajar nadie me admite a causa de mi pierna. Vengo de Sarcourt, donde me han aplicado a la pierna un emplasto que me causa los más vivos dolores, diciéndome que había que cauterizar ante



Thierry fingió levantarse penosamente, valiéndose de un palo, y se acercó a la familia Finkenstein en ademán suplicante. (Pág. 32.)

todo la llaga que se me ha formado. Me he extraviado en el bosque y estoy muerto de hambre. Quería llegar hoy hasta Grosbois, pero tendré que pasar la noche a la intemperie.

Dicho esto, sacó del bolsillo un pañuelo hecho jirones, e hizo como que se enjugaba las lágrimas.

La señora de Finkenstein intervino, diciendo :

—¡Pobrecillo, no podrá ir hasta Grosbois!... ¿Qué hacemos de este muchacho, Luisa?

—Pues darle de cenar y prepararle un lecho para que descanse esta noche — propuso la hija de la caritativa señora.

—Es lo mejor que podemos hacer — añadió Federico— ; y papá, que es tan bueno, hará que curen la pierna al muchacho.

El señor de Finkenstein miró fijamente a Thierry, como si dudase de lo que decía.

El muchacho, que lo notó, replicó inmediatamente :

—Voy a enseñarles mi herida. Aunque la luna no alumbra bastante, podréis comprender lo que me hace sufrir.

El astuto bribón, seguro de que no le dejarían mostrar la pierna, hizo ademán de quitarse los trapos.

—No, no te molestes, pobre criatura. Me horripila ver una llaga. Te creemos ; ven con nosotros — dijo la caritativa dama.

Reanudaron la marcha, y Thierry les siguió, fingiendo que cojeaba.

Cuando llegaron al castillo, la excelente dama ordenó a sus criados que sirvieran al muchacho una abundante cena y le preparasen un buen lecho ; además, recomendó que al día siguiente, muy temprano, fuesen a buscar al médico, el mismo que había curado a Nicolás, el padre de Fridolín.

Thierry cenó con mucho apetito, sin olvidar, mientras comía, oprimirse la pierna y quejarse de agudos dolores. Cuando sació el estómago, Mauricio le condujo

a una vasta habitación abovedada, donde había una buena cama y otros muchos muebles, todos antiguos.

—Esta es tu habitación — le dijo Mauricio— ; no necesitas luz, pues con la de la luna tienes bastante. ¡ Buenas noches !

Dicho esto, salió de la habitación y cerró la puerta tras sí.

XV

THIERRY SIENTE QUE LE REMUERDE LA CONCIENCIA

Thierry, en cuanto se encontró solo, quitóse el vendaje de la pierna. Después reunió las ganzúas y llaves falsas que llevaba escondidas en los bolsillos, y se acostó sin desnudarse. Cuando comprendió que todos los habitantes del castillo estaban dormidos, abandonó el lecho, salió de la habitación y avanzó por el oscuro corredor hasta llegar a la puerta del jardín de que le había hablado Santiago. Con la mayor precaución y destreza quitó las barras y abrió la puerta, permaneciendo un momento en el dintel. Hacía un viento fresco de otoño y la luna se había ocultado. El ladronzuelo quiso aguardar la llegada de sus cómplices, pero, sintiendo mucho frío, retrocedió a su habitación, dejando abierta la puerta del jardín, y entornada la de su cuarto, para poder oír la señal de sus camaradas, que era un ligero silbido. Nuevamente tendióse en la cama, y procuró no dormirse.

Reinaba una densa obscuridad. En aquel momento dieron las once en el reloj del castillo ; los ladrones debían llegar entre once y once y media. Al oír el sonido de la campana, Thierry sintió estremecerse todo su cuerpo ; se horrorizaba pensando en la mala acción que iba a cometer. Aunque familiarizado con el crimen, nunca había experimentado tal ansiedad. El silencio y la obscuridad de la noche contribuían a que sintiese algún remordimiento. Recordó el cariño con que fué recogido por los caritativos dueños del castillo, y estuvo a punto

de levantarse de la cama y volver a cerrar la puerta para calmar los sufrimientos de su conciencia. Pero en aquel momento se presentaron a su imaginación los candeleros de plata que había visto en manos de los criados de los señores de Finkenstein, cuando éstos llegaron a su casa por la noche. «¡Qué hermosos eran! — se decía el malvado — ¡cómo brillaban! Estoy seguro de que son macizos... ¡Cuántas riquezas habrá en el castillo! Por otra parte, ¿qué harían de mí mis tres amigos si les privase de tan rico botín?... ¡No; no quiero perder la parte que pueda tocarme!» De esta suerte la codicia ahogaba la voz de su conciencia.

Continuó echado en el lecho, pero pronto se le representó la imagen de su padre. Al mismo tiempo acudieron a su memoria los sanos consejos que le diera aquél antes de morir, y de nuevo sintió un horror indefinible que le obligó a precipitarse del lecho. Quiso lanzarse hacia la puerta del jardín para cerrarla, pero nuevamente se detuvo en medio de la habitación.

XVI

EXTRAÑA APARICIÓN

Thierry sentóse al borde de su cama esperando la llegada de sus compinches. Mas de pronto le pareció oír una especie de aullido y la puerta se abrió de par en par. El miedo se apoderó de todo su cuerpo; pero pronto se repuso, y se dijo: «Debe ser el viento». Pero al mismo tiempo sintió en el corredor ruido de pasos. Puso atención, y después observó: «Estos pasos no son de persona... ¿qué podrá ser?» Inmediatamente sintió los mismos pasos en su habitación, y distinguió hacia el lado de la ventana una cabeza negra armada de retorcidos cuernos, que se iba acercando cada vez más hacia él. Presa de terror profundo, el ladronzuelo se

ocultó bajo la sábana. «¡ Ah ! — decía —, es el genio del mal que viene a atormentar a los malvados.»

Aquella aparición no era ningún ser fantástico, como creyó Thierry, sino el corzo de Federico. Sucedió de la siguiente manera : Habiendo abierto el aire la puerta del jardín, que Thierry había dejado entreabierta, el corzo, que por lo visto no sentía grandes simpatías por los bribones, había penetrado en el castillo, y, guiado por su instinto, venía a hacer una visita al nuevo huésped.



Como Thierry, muerto de miedo, cubrióse el cuerpo con las sábanas del lecho, el ciervo, que a él le pareció fuese el demonio, saltó sobre la cama, y la emprendió a cornadas con el muchacho. Este, no pudiendo soportar aquel inesperado ataque, hizo un esfuerzo, precipitóse fuera del lecho, salió de la habitación y lanzóse por el oscuro corredor dando gritos. El corzo siguió en su persecución hasta que llegaron ambos a la gran terraza situada en frente de la escalera.

En aquel momento apareció Mauricio con una luz en

la mano, y Thierry se abrazó a sus rodillas, diciendo :

—¡ Protegedme, protegedme ! ¡ quiero confesarlo todo !

—¿ Conque quieres confesar ? — le preguntó el guarda—. Ya puedes empezar—y, encarándose con el corzo, le dijo con voz imperiosa— : ¡ Vete !

El animal obedeció la orden.

Thierry, pálido como la muerte, continuaba abrazado a las rodillas de Mauricio. Poco le faltaba para perder el conocimiento.

El guardabosque le repitió con acento que no admitía réplica :

—Confiesa, pero pronto.

Antes de que el pillete pudiera reponerse, acudieron primero la servidumbre y luego el barón y su familia. Los gritos del muchacho habían alarmado a todos.

—¿ Qué ocurre ? — preguntó el barón—. ¿ Qué ha sucedido a este muchacho ?

—El mismo nos lo explicará — contestó Mauricio—. ¡ Habla, bribón ! ¿ Quién te ha enviado al castillo ? ¿ Qué intenciones traías ? Sé franco ; si no, ya sabes lo que te espera.

Thierry confesó entre sollozos todo el plan de los ladrones, y, por último, refirió que se le había presentado el demonio, con intención de llevárselo.

—¡ Valiente pájaro hemos traído de la caza de ayer ! — exclamó, furioso, Mauricio—. Descuida, que el verdugo de Saincourt te arreglará las cuentas.

El buen Fridolín, que estaba de pie junto al barón, sosteniendo una luz en la mano, miró atentamente al ladronzuelo, y dijo :

—¡ Ah ! Te conozco perfectamente. Tú eres el que mató la corza de un tiro delante de su pequeñuelo. ¡ Quién había de decirte que aquel corcito vengaría a su madre ! Pero Dios lo ha dispuesto así ; su paciencia es grande, pero su justicia es segura.

Thierry miraba a Fridolín sin comprender lo que decía ; pero Mauricio se lo explicó, diciéndole :

—¡ Qué imbécil eres ! Lo que tú has tomado por un aborto del infierno, no es sino un corzo, hijo de aquella corza que mataste. De todos modos, no te escaparás de los cuernos de Satán.

—¡ Valiente estúpido soy ! — exclamó Thierry—. ¿Cómo he podido tomar un corzo por un diablo ! ¡ Yo, que me consideraba ser el más listo de los hombres, haber sufrido equivocación semejante ! ¡ De buena gana me arrancaría los cabellos por mi torpeza !

XVII

THIERRY ES INTERROGADO

Inmediatamente cerraron la puerta del jardín, y el viejo Mauricio, armado de su escopeta, se colocó de centinela en una ventana situada frente a dicha puerta, esperando la llegada de los ladrones ; pero la espera fué inútil, porque los que pretendían asaltar el castillo oyeron los gritos de Thierry y el jaleo que armaron los criados, y huyeron abandonando los sacos que habían pensado llevarse llenos.

Thierry, custodiado en la habitación del portero, sintió entonces haber desoído la voz de su conciencia. Sin embargo, su primer cuidado fué inventar la manera de salir de semejante situación.

El barón envió a uno de sus criados a Grosbois, con objeto de que refriese al juez lo ocurrido, y al mismo tiempo suplicarle fuese al instante al castillo. Mientras esperaban al juez, los esposos comentaban el grave peligro que habían corrido. Los dos niños, temerosos, no quisieron volver a acostarse.

Al poco rato llegaron el juez, su secretario y un gendarme. Este ató inmediatamente las manos a Thierry, y el juez empezó a interrogarle.

Thierry parecía abrumado bajo el peso de su desgracia y lloraba amargamente.

—¡Salvadme la vida! — decía con voz doliente—. Yo os diré todo lo que sé de los tres malvados que han causado mi desgracia.

Y para demostrar que eran sinceras sus palabras, dijo cómo se llamaban sus cómplices, y citó algunos de los robos que habían cometido, pero callándose aquellos en que él había tomado parte.

El juez hizo algunas preguntas a Thierry, sin dirigirle ninguna frase dura, y éste aseguró que apenas había conocido a sus padres, y ocultó el lugar de su nacimiento. El desvergonzado ladronzuelo creyó haber mejorado su causa, mintiendo, y lo que hizo fué empeorarla más.

XVIII

EXPEDICIÓN CONTRA LOS LADRONES

Terminado el interrogatorio, el juez tomó inmediatamente sus medidas para apoderarse de los criminales. Reunió al somatén, montó a caballo, y se puso en marcha hacia las ruinas, guiado por Thierry.

Apenas salieron del castillo, un tratante en hierro de Grosbois, que vió a Thierry, exclamó :

—¡Cómo! ¡Ese pillo estaba de aprendiz en casa del cerrajero de Minardeau, y huyó de la casa por un robo que había cometido!

Thierry comprendió entonces cuán funestas le serían sus mentiras.

Mauricio, indignado de lo que oía, le dijo :

—Grandísimo embustero, si no nos indicas con toda exactitud dónde está la guarida de tus cómplices, serás ahorcado del primer árbol que encontremos.

Reanudaron la marcha. Eran las dos de la madrugada. Después de andar penosamente un gran rato, llegaron, por fin, al foso de las ruinas, y, penetrando con el mayor silencio en el subterráneo, llegaron a la puerta de la cueva, donde encontraron a los ladrones tendidos

en tierra y durmiendo tranquilamente, después de regresar de su frustrada expedición al castillo. También estaba allí Waller, que no subió a su habitación particular. Este fué el primero que se puso en pie al oír la voz de : «¡ daos presos !», proferida por los del somatén. Pero el jefe de los bandidos, al ver que eran muchos sus seguidores, lanzó primeramente una despreciativa mirada a Thierry, y después se entregó, diciendo :

—Se necesita estar locos para venir a refugiarnos aquí. Hubiéramos debido desconfiar de ese traidor ; pero ya no tiene remedio ; nuestra hora ha llegado.

Santiago dirigió frases injuriosas a Thierry, y quiso oponer resistencia a todos, pero Waller le sujetó y le dijo :

—Es inútil hacerles frente ; toda resistencia sería inútil y ridícula.

Los ladrones fueron atados fuertemente, excepto Waller.

Mientras se desarrollaba la escena que hemos descrito, el juez, con unos cuantos hombres, se había quedado a la entrada del muro.

—¡ Ya los tenemos ! — gritó satisfecho un gendarme.

El primero que apareció fué Waller, cuyos ojos negros y brillantes se fijaron un momento en las personas que estaban fuera ; después saludó cortésmente al juez sin pronunciar una palabra, y se dejó atar las manos. Cuantos objetos había en la cueva de los ladrones fueron colocados sobre el carro que habían llevado consigo los expedicionarios, y en él también fué colocado Thierry. Santiago, que estaba beodo por la gran cantidad de aguardiente que bebió antes de dormirse, para consolarse del fracaso, fué subido al mismo carro, y por todo el camino fué injuriando a Thierry.

Los ladrones fueron conducidos a Grosbois, donde habían de ser juzgados.

Entre tanto, la noticia de estos sucesos, aumentados y contados de mil maneras, llegó a oídos del mayor. Es-

te, temiendo que hubiese ocurrido alguna desgracia, se dirigió inmediatamente a Finkenstein, teniendo el placer de comprobar él mismo que no había ocurrido ningún accidente desgraciado.

En esto llegó el juez, exclamando :

—¡ Qué extraño ! Entre los objetos que tenían los ladrones, he encontrado varios libros griegos y latinos, pertenecientes a Waller ; entre ellos las obras de Homero.

—Sí que es extraño — dijo el mayor — que un hombre tan instruído y que le agraden tales obras, sea un vulgar criminal. Ese Waller no es un hombre ordinario, y me alegraría conocerlo ; pero eso sí, desearía verlo sin que él se diera cuenta de ello.

—Es bien fácil conseguirlo — contestó el juez— ; mañana tengo que interrogarle, y podéis estar en una habitación desde la que oigáis y veáis sin ser visto.

En efecto, al día siguiente, fué el mayor acompañado de su cuñado el barón. Cuando los acusados se presentaron, éste dijo al mayor :

—Fíjate en aquel que tiene el pelo negro y ensortijado ; ése es Waller y el otro Groux.

El mayor pareció admirarse, y después de haber contemplado un momento a aquellos dos hombres, rogó a su cuñado que saliese. Cuando estuvieron fuera, le dijo :

—He reconocido en esos individuos a los dos malhechores que quisieron despojarme cerca de Corimón. Estoy bien seguro de no equivocarme ; pero te ruego que no digas una palabra acerca de esto. Esos desgraciados tienen bastante con los delitos de que se les acusa y no quiero hacer el papel de acusador. Olvidemos lo pasado.

Un año después, terminado el sumario correspondiente, comparecieron los delincuentes al tribunal superior que debía dictar sentencia.

XIX

QUIÉN ERA WALLER

Waller pertenecía a una distinguida familia, y había tomado un nombre supuesto para burlar a la justicia, que lo perseguía por un hecho que explicaremos más adelante. Su padre, magistrado íntegro y de elevada alcurnia, era estimado por todos los que le trataban. El digno magistrado tenía cinco hijos, y Waller era el mayor, cuyo verdadero nombre era Carlos.

Cuidadosamente educado, a los diez y ocho años de edad fué a estudiar a una de las más célebres universidades, donde bien pronto se captó las simpatías de todo el mundo. Estudiaba asiduamente, y sus costumbres eran sanas; tan buen muchacho era, que sus profesores lo citaban como modelo de virtudes, aunque era muy quisquilloso y no dejaba pasar ninguna ofensa sin castigo.

En un caluroso día de verano, Waller y algunos estudiantes se dirigieron a un pueblecito vecino. Eran todos jóvenes alegres, y algunos bebieron más de lo conveniente. En la misma mesa en que estaba Waller, tomaba asiento un joven conde de mucho ingenio, pero muy aficionado a las burlas. A pesar de que estimaba mucho a Waller, que era íntimo amigo suyo, excitado sin duda por el vino, le dirigió algunas palabras bastante picanterías. Waller, amostazado y colérico, echó mano al puño de su espada, e indicó al joven conde que saliese a la calle. Los demás compañeros le apoyaban, fundándose en que el honor de Waller le obligaba a castigar la afrenta, el conde aceptó el desafío, y se encaminaron a un bosquecillo seguidos de varios estudiantes. Una vez en el terreno elegido, los dos contendientes requirieron la espada y se arrojaron uno contra otro con gran furia. A los pocos momentos, Waller, que estaba iracundo y ma-

nejaba el sable como un maestro, hirió al conde, que cayó mortalmente herido de una horrible estocada.

Horrorizado de lo que acababa de hacer, no sabía qué partido tomar, y entonces sus amigos le aconsejaron que huyese, y al efecto, le entregaron algún dinero reunido entre ellos. Waller siguió el consejo de sus compañeros, y huyó.

Como el muerto pertenecía a una de las más linajudas familias, inmediatamente enviaron en persecución de Waller a los mejores policías, y ofrecieron una espléndida recompensa al que lo entregase.

Difícil sería relatar los grandes temores e indecibles angustias que experimentó Waller, después de abandonar su honrada y pacífica mansión, pues siempre estaba expuesto a caer en manos de la justicia y hostigado por la sed, el hambre y los remordimientos.

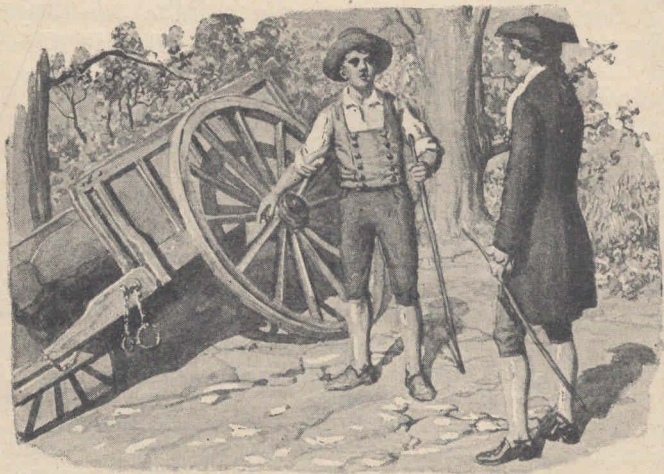
Al fin consiguió alejarse de su patria; ¡pero en qué estado! ¡Sin dinero, sin familia, sin amigos! Además, como no llevaba encima ningún documento que acreditase su personalidad, no podía pensar en encontrar una colocación, ni aun siquiera aprender un oficio.

—Soy — se decía muchas veces — más digno de compasión que el más miserable mendigo, pues ni aun puedo llamar a una puerta en demanda de un pedazo de pan. La impetuosidad de mi carácter me ha sumido en un abismo de miserias.

Sumido en estos pensamientos iba por un bosque, cuando tropezó con un carretero cuyo carro se le había volcado, siendo inútiles sus esfuerzos para sacarlo de aquella situación. Waller prestóse a ayudarlo, y el hombre, agradecido, le dió algunas monedas que el joven recibió contentísimo.

Despidióse del carretero, y cuando atravesó el bosque, encontróse delante de un ventorro de aspecto poco agradable. No obstante, entró en él, y se hizo servir un jarro de cerveza y un pedazo de pan, pues la sed y el hambre le devoraban. Cuando más distraído estaba co-

miendo su frugal alimento, entró en el ventorro un hombre vestido con un traje verde y que llevaba colgada al hombro una carabina, y un cuchillo de caza ceñido al cinto. El desconocido contempló largo rato a Waller, el cual se inquietó ante sus insistentes miradas. El nuevo personaje hizo seña al posadero para que se retirase, y después, acercándose más a nuestro fugitivo, le dijo :



...tropezó con un carretero cuyo carro se le había volcado... (Pág. 43.)

—Sé quién sois y estoy enterado de vuestro delito. Han prometido una recompensa al que os entregue ; pero no temáis nada de mi parte ; al contrario, me alegraría mucho de poderos prestar mi apoyo... Me extraña que no me conozcáis. ¿No recordáis al maestro Valentín, que murió hace tiempo, y cuya casa lindaba con la vuestra?... Pues bien, yo soy su hijo.

—¡Cómo! ¿eres tú, Pedro, mi antiguo camarada?

—El mismo.

—Pero, ¿cómo te encuentro aquí, en semejante traje?

—Algo parecido a lo que os ha sucedido, me ha obligado a huir de nuestra patria — aclaró Pedro, y continuó— : Cuando estuve cumpliendo el servicio militar, hice algunas campañas y obtuve la cruz de honor. Mi general me tomó a su servicio, y como yo tenía una excelente letra, me facilitaba algunos trabajos. Esto se lo debo a nuestro antiguo maestro de escuela Darot, de quien os acordaréis, pues os daba lecciones particulares. En resumen, mi situación era bastante buena. Desgraciadamente, un día el general me entregó una cantidad para que fuese a abonar una cuenta suya : unas setenta pesetas. Yo era aficionado a los juegos prohibidos, y aquel día, que había perdido, el demonio me inspiró la idea de tentar de nuevo la suerte con aquel dinero, a fin de recuperar lo que había perdido y ganar más ; pero perdí todo aquel dinero que no era mío. Entonces deserté del ejército y abandoné mi patria para evitar el castigo. Para poder vivir, unas veces ejercía mi oficio de ebanista y otras trabajaba en el campo. Pero, como por aquel entonces eran perseguidos sin descanso los desertores, tuve que abandonar esta vida honrada, y comprando con mis pequeños ahorros este traje y estas armas me hice cazador furtivo. Es un oficio en que los peligros abundan, pero no podía hacer otra cosa.

Después de una breve reflexión, Waller propuso a Pedro llevarle en su compañía, pero éste le contestó para disuadirle de su idea :

—No hagáis tal cosa. Este oficio no es propio para vos ; aun yo mismo, que estoy acostumbrado a toda clase de fatigas, daría cualquier cosa por volver al taller de mi padre.

—Si tu respuesta es una negativa, no insisto, pero lo sentiré en el alma. Actualmente soy muy desgraciado y estoy desesperado. Ten compasión de mí, y llévame

contigo. Es un favor que te agradeceré en el alma.

—Si tanto os empeñáis, consiento, y haré lo posible por seros útil, pues siempre he sido agradecido y no olvido los muchos favores que en otro tiempo me habéis hecho. Venid, pues, en mi compañía, y sea lo que Dios quiera.

Estas palabras causaron inmensa alegría a Waller.

Antes de abandonar los dos amigos el ventorrillo, Waller aconsejó a Pedro que cambiase su nombre de familia por el de Groux, y así lo hizo.

XX

CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO ANTERIOR

Groux, que era conocido en muchas posadas y granjas de la comarca, consiguió pronto proporcionar armas a su amigo.

Como uno y otro eran excelentes cazadores, mataban bastantes piezas que luego vendían a bajo precio a algunos aldeanos para que éstos las revendiesen. Pero pronto fueron descubiertas sus malas mañas y, no pudiendo ya vender la caza, se encontraron en la mayor miseria. Entonces fué cuando se dedicaron a robar por los caminos e intentaron despojar al mayor. Poco después encontró Waller en el bosque un guarda del príncipe que, apuntándole con la carabina, le dió el alto; pero Waller, más listo que el guarda, le hirió mortalmente, pues murió a los tres días. Este segundo asesinato causó en él nuevos remordimientos. Entonces abandonaron aquella comarca y se instalaron en las ruinas de la antigua fortaleza. Groux, siendo soldado, aprendió a lavar la ropa y a guisar; era, por decirlo así, como un criado para Waller, a quien profesaba profundo respeto.

En una posada Groux trabó amistad con Santiago, al cual admitieron en su compañía; era el encargado

de vender la caza. Pero, como era muy aficionado a la bebida y gastaba casi todo el poco dinero que sacaba de la venta en las tabernas, encontráronse de nuevo en la mayor miseria, y volvieron otra vez, como en otro tiempo, a asaltar a los caminantes. Santiago y Groux asaltaron un día a dos negociantes, causando la muerte de uno de ellos, lo cual causó gran pena a Groux. Waller le prohibió que atacase a ningún caminante mientras le acompañase solamente Santiago. Sin embargo, como la miseria era cada vez mayor, Santiago y Groux tuvieron que recurrir al recurso desesperado de robar por la noche algunas casas de las aldeas vecinas. Waller jamás iba en compañía de ellos. Una sola vez les propuso que le acompañasen para asaltar la morada del cura de Ricourt. Como entonces tenían dinero y provisiones en abundancia, le dijo Groux muy admirado que el cura, aunque pasaba por hombre instruido, no tenía donde caerse muerto. Waller le respondió riendo, que pensaba traer de allí un gran tesoro.

Por fin se decidieron, y penetraron sin dificultad en el presbiterio. Waller no ignoraba que el buen sacerdote estaba ausente, y se dirigió en seguida con sus cómplices a la biblioteca, donde escogió gran número de libros, que repartió entre los tres para llevárselos con más comodidad. En seguida les ordenó que se marchasen sin tocar a nada, lo cual disgustó a sus compañeros, pero no chistaron. Waller estaba contentísimo de su presa, y, sin que lo notaran sus secuaces, dejó en el presbiterio una cantidad de dinero equivalente al valor de los libros. De este modo formó Waller su biblioteca.

A pesar de su mucha afición a la lectura, Waller tenía cada día más remordimientos, y sufría mucho por no tener la menor noticia de su familia.

Cierto día, caminando por el bosque, Groux encontró a un muchacho compatriota suyo que estaba al servicio de un curtidor de Grosbois, y por él supo que su madre había sufrido y envejecido mucho a causa de ha-

berla abandonado. También tuvo noticias de todos sus parientes, amigos y conocidos, algunos de los cuales ya no existían. Habiendo preguntado a su compatriota por la familia de Waller, supo que su padre había muerto de tristeza, no tardando su madre en seguirle al sepulcro. Su hermana mayor, que, cuando ocurrió la muerte del conde en el desafío, estaba a punto de casarse, por fin contrajo matrimonio, pero sin celebrar fiesta ninguna, pues en la casa reinaba desde entonces gran aflicción. Sus dos hermanas pequeñas eran amables y virtuosas, pero con dificultad encontraban un buen marido.

Terminadas las explicaciones del muchacho, Groux se despidió de él, y emprendió, con el corazón apenadísimo, su camino interrumpido. Cuando estuvo junto a Waller, contó a éste todo lo que le habían dicho. Waller sintió oprimírsele el corazón, y derramó abundantes lágrimas por sus padres.

Desde aquel momento tomó la resolución de dirigirse a América en compañía de Groux ; pero, no pudiendo llevar a la práctica su idea, por carecer de dinero para un viaje tan largo, decidió robar el castillo de Finckenstein, cosa que tuvo tan fatales consecuencias para él y sus cómplices, según hemos explicado anteriormente.

XXI

LOS LADRONES SON CONDENADOS

Por fin llegó el día en que el tribunal de justicia se reunió para juzgar a los cuatro ladrones. Después de una larga deliberación, leyóse la sentencia de los acusados. El primero que se presentó ante sus jueces fué Waller, al que se le impuso la última pena. El desgraciado oyó la sentencia impasible, y, cuando terminó la lectura, pidió permiso para que le dejaran hablar, y dijo :

«Señor presidente, justo es el terrible castigo que se me impone ; lo esperaba y me resigno con mi suerte.



...caminando por el bosque, Groux encontró a un muchacho compatriota suyo... (Pág. 47.)

FRIDOLÍN:—4

Después de haber roto todos los lazos que me unían a la sociedad y violar las leyes divinas y humanas, quiero, al menos, cumplir mi último deber sin murmurar. Gracias a los documentos que habéis acumulado en la causa, estáis enterados de todos los actos de mi vida, de los estudios que he hecho, de mi conducta, de mis costumbres, y sabéis que hasta el instante en que, cegado por mi carácter irascible y orgulloso, cometí mi primer crimen, fuí un hombre de intachable conducta. Quizá, a no ser por mi detestable arrebató, hoy sería un respetable magistrado. El pecado de la ira ha sido la causa de todos mis males. La sangre que derramé me ha perseguido y me persigue siempre. ¡Cuántas veces no he podido conciliar el sueño y cuántas lágrimas he vertido!... Como el vino excitaba mis nervios, hice el propósito, y aun lo conservo, de no beber más que agua, y juré solemnemente no volver a derramar la sangre de un hombre. Sólo una vez no he cumplido este juramento, pues, si di muerte al guardabosque, fué por salvar mi vida. Comprendo que esto no aminora mi grave falta, pues el guarda cumplía órdenes emanadas de la autoridad, y yo debí entregarme a él sin resistencia. Este segundo asesinato no hizo más que aumentar el peso de mis remordimientos. Si alguna vez he asaltado a los viajeros, os juro que ha sido obligado por el hambre, y a pesar de mis amenazas, he procurado no atentar contra sus vidas. Aunque os parezca inverosímil, en más de una ocasión he pedido a Dios misericordia, y en la soledad de mi prisión, próximo a la muerte y a la eternidad, el recuerdo de mi pasada vida viene a abrir nuevamente las heridas de mi alma. ¡Cuán triste e insoportable me ha parecido siempre la vida de ladrón! Las miserias y horrores que trae consigo esa vida agitada, son ya un castigo bastante terrible. Mas, gracias a Dios, todos mis tormentos van a terminar bien pronto. ¡Cuánto siento morir infamemente!

Quando hubo concluído de hablar, fué conducido de
FRIDOLÍN.—4

nuevo a su calabozo, donde debía permanecer hasta el momento de ser llevado al patíbulo.

En cuanto a Groux, el tiempo que estuvo en la prisión, permaneció muy abatido y sin pronunciar palabra. A través de las rejas de su oscuro calabozo veía la iglesia. El sonido de las campanas le hacía gemir; oía el eco del órgano y los piadosos cánticos de los fieles. En medio del silencio oraba algunas veces recordando la letra de aquellas armónicas plegarias.

Días antes de que le fuera leída su sentencia, recibió una carta de su madre. La pobre mujer, después de expresarle en términos cariñosísimos la profunda pena que había venido a aumentar las muchas que hasta entonces experimentara al saber por boca del joven curtidor Rist que él, su hijo, estaba preso en Grosbois, y acusado de robo y homicidio, añadía :

«¡ Querido Pedro, yo me resistía a creer todo eso ! ¡ El hijo que hemos educado mi excelente esposo y yo no puede ser un asesino ! Al saber tan cruel noticia, estuve a punto de morir de dolor. Tus hermanos Juan Bautista y María se han casado. Cuando se enteraron de tan horrible acontecimiento, vinieron inmediatamente a casa para consolarme, y consiguieron darme nuevas esperanzas.»

Referíale luego cómo había reintegrado a su general la mitad de la cantidad que había robado a éste, y que el excelente señor le había perdonado la otra mitad, lamentando que no le hubiera confesado su falta, pues le hubiera perdonado fácilmente.

También le decía su desgraciada madre que, esperanzada de que él volvería al pueblo para establecerse, no quiso vender su casita, como tampoco la tienda y herramientas de su padre, y hasta le tenía guardados doscientos francos para los primeros gastos que originasen las reformas de su establecimiento.

Por último, añadía :

«...Pero, ¿a qué abrigar estas risueñas esperanzas? ¡ Ah, hijo mío ! si es cierto que han de privarte de la existencia, piensa en la salvación de tu alma, y que pueda yo decir en la otra vida lo que dice el Evangelio : *He aquí a mi hijo, que estaba muerto, y ahora está sano y salvo ; estaba perdido, y lo he encontrado*. Así, mi querido Pedro, ¡ que Dios sea contigo ! Fácilmente comprenderás que, teniendo ya setenta años, no podía yo escribirte una carta tan extensa, y habrás reconocido que está escrita por tu antiguo y venerable maestro de escuela, que escribe estos renglones con las lágrimas en los ojos, renglones que yo misma le dicto sollozando. Este buen señor te saluda y ruega que no olvides aquella máxima que continuamente repetía a sus discípulos : *Alejaos del pecado, pero si por desgracia llegáis a pecar, volved al Señor, porque su gracia y su misericordia son infinitas y no quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva*. ¡ Adiós, mi querido hijo !... ¡ Espero que nos volvamos a ver en el cielo !... Tus hermanos y cuñados te saludan afectuosamente, y, como yo, hacen ardientes votos por tu libertad. Ya que no he podido escribirte de mi puño y letra, quiero, al menos, firmar con mi propia mano. Tu buena madre que te ama,

»CRISTINA.»

Poco después de haber recibido la carta de su madre, le llevaron a presencia de sus jueces, y el presidente del tribunal le leyó la sentencia, por la que le condenaban a muerte.

Y lo mismo que a Waller, fué puesto en capilla para que se preparase a morir.

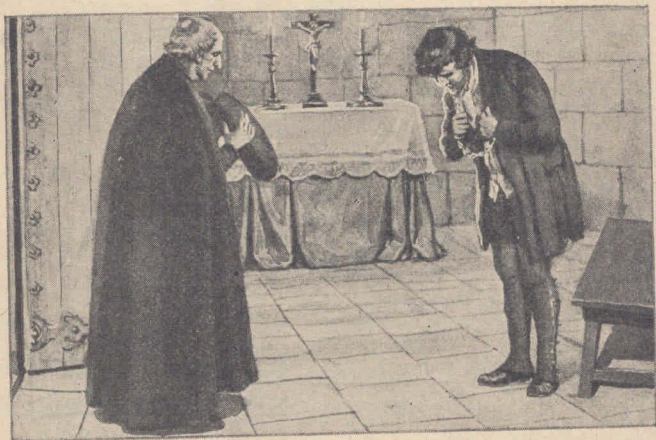
XXII

POSTREROS INSTANTES DE WALLER Y GROUX

Poco después de ser Groux puesto en capilla, se presentó el cura de Grosbois. El reo se levantó del banco en que estaba sentado, y le saludó respetuosamente. El pastor de almas le hizo sentarse, se colocó a su lado, le consoló y le hizo encomendar su alma a Dios y arrepentirse de sus crímenes.

—Yo — contestó al ministro del Señor—, desde que me pusieron en capilla, mi único pensamiento es consagrar los tres días que me quedan de vida a mi salvación.

El buen sacerdote, satisfecho de las excelentes disposiciones del reo, se despidió de él para que hiciese examen de conciencia y se preparase para confesar. Por



la noche volvió, permaneciendo dos horas con el desgraciado Groux, que desde aquel momento esperaba más resignado su hora fatal.

Cuando salió el sacerdote de la celda, el condenado escribió una carta de despedida a su madre, y, luego, tomó un devocionario y se puso a leer con religioso recogimiento. Cuando más distraído estaba en su lectura, entró en su calabozo el carcelero, y le manifestó que su amigo Waller deseaba verle. Levantóse Groux de su asiento y siguió al carcelero a la prisión de su amigo, que estaba de rodillas, orando. Los dos camaradas, al verse frente a frente, estrecháronse en un fuerte y tierno abrazo, derramando al mismo tiempo sinceras lágrimas.

—¡Querido Groux! — dijo, por fin, Waller—, he sabido que estás verdaderamente arrepentido; yo también lo estoy. Por mi culpa has cometido muchos crímenes; ¡perdóname, tú que eres el único amigo fiel que me queda en mi infortunio!

Después de esta tierna escena, los dos amigos conversaron durante largo rato sobre las dulzuras y consuelos de la religión, sobre todo cuando se está en presencia de la muerte.

En esto, apareció el carcelero, encendió dos velas y las colocó sobre una mesa cubierta con un paño blanco, y anunció a los reos que el capellán les iba a dar la santa comunión.

—Groux — observó Waller—, hasta este momento hemos vivido alejados de Dios y de su divino Hijo; ahora vamos a reunirnos a nuestro Redentor.

Comulgaron con gran devoción, y repitieron en voz baja las oraciones que leyó el sacerdote.

Después de recibir dicho Sacramento, Groux fué conducido a su celda.

—¡Adiós, querido amigo! Muramos llenos de confianza en Dios. Mañana la muerte nos separará por algunos instantes para volvernos a reunir allá en el Cielo. ¡Adiós! ¡Que Dios te acompañe!

XXIII

HISTORIA DE SANTIAGO

Santiago, a quien hasta el presente hemos conocido como un hombre despreciable, andrajoso y criminal, en otro tiempo había sido una de las personas más ricas de la comarca, y hubiera sido muy feliz si no se hubiera apartado del sendero de la virtud. Poseía una casa magnífica, excelentes campos y extensas praderas. Su fortuna era inmensa. Estaba casado con una bellísima y virtuosa mujer, y sus hijos eran modelos de bondad y honradez. ¿Cómo, de tan alta posición, convirtiéndose en un ser despreciable? He aquí la explicación :

A la muerte de sus padres, honrados agricultores en Grosbois, encontré con una herencia no muy considerable, pues eran varios hermanos ; pero, como era muy listo y vigoroso, alegre y de semblante muy agradado, y, además, muy experto en todos los trabajos agrícolas, inteligente en el manejo de caballos y en el de coches, entró en calidad de segundo cochero en el castillo de Finkenstein, y pronto alcanzó el primer puesto entre la servidumbre del barón.

Un día de fiesta hallábanse reunidos en el *Ciervo de oro* los burgueses y aldeanos ricos de Grosbois, acompañados de sus respectivas familias. Entre estas buenas gentes estaba el viejo molinero de Ricourt, Andrés Laube, conocido por su clara inteligencia y acrisolada honradez. Había dejado la dirección del molino a su hijo, y vivía en Ricourt en una linda casa ; pero, habiendo muerto su hermano y dejado una hija de diez y ocho años y una regular fortuna, Andrés, como tutor de la muchacha, vino a vivir a Grosbois, a casa de su hermano, para dirigir las labores del campo.

Santiago, a quien sus amos habían dado permiso para

que fuese a divertirse al pueblo, se presentó también con su resplandeciente y elegante librea, ataviado como un novio; y, como conocía de antiguo al molinero, pidió a éste respetuosamente permiso para bailar con su hija Mariana. El molinero no quiso negar este favor al cochero del castillo, y Gertrudis, su esposa, no pudo disimular su satisfacción. Santiago aprovechó la ocasión para dirigir algunos piropos a Mariana y ofrecerle un ramo de flores.

El molinero, a quien no le cayeron en gracia aquellas atenciones del muchacho, abandonó, con su mujer y su sobrina, el *Ciervo de oro*. Pero Mariana no podía olvidar a Santiago, que sobrepujaba a los demás aldeanos por su buen porte y hermosa fisonomía, y confesó a su tío lo mucho que le agradaba tan apuesto mancebo, a lo que le hizo observar aquél:

—Querida sobrina: eres aún muy joven para pensar en esas cosas. Reconozco tu bondad, pero, ¿serás feliz si llegas a casarte con él? Piénsalo bien. Verdad es que Santiago es honrado, pero es muy vanidoso y no carece de orgullo; le agradan con exceso las diversiones, y estoy seguro de que es muy aficionado a las bebidas.

Las sabias reflexiones del excelente tío, le llegaron al alma, y la joven procuró olvidar al lindó mozo. Este, al contrario, siguió haciéndole la corte, y, para conseguir su objeto, fingió observar buena conducta, y renunció a ciertas amistades antiguas. Mariana se alegraba de este cambio, pero su tío Andrés seguía en sus trece.

Poco tiempo después tuvo la joven la desgracia de que muriese su tío, y entonces quedó bajo la autoridad de su tía Gertrudis, que, aunque inteligente, era muy accesible a la vanidad y piadosa a su manera. Santiago, que conocía estos defectos de la tía de Mariana, se aprovechó de ellos para ganarse su favor.

Habiéndose dado cuenta de que Gertrudis leía con dificultad en su libro de oraciones a causa de que las le-

tras eran muy pequeñas, y que la muy vanidosa no usaba los anteojos para no pasar por vieja, Santiago se aprovechó de este detalle para captarse sus simpatías y, en un viaje que hizo, compró un libro de oraciones impreso con gruesas letras y bonitamente encuadernado, y se lo regaló.

La buena mujer quedó encantada del obsequio, y dió a entender a Santiago que vería con gusto su matrimonio con su sobrina, y los jóvenes se casaron, al fin, celebrándose las bodas con gran boato. Al principio de su matrimonio, Mariana se consideró feliz, y, al poco tiempo, tuvo algunos disgustillos, porque Santiago compró hermosos caballos y un lindo carruaje; pero pronto le dispensó el gasto hecho, porque a ella también le agradaba ir sentada al lado de su esposo en el coche a las ferias y fiestas de los pueblos vecinos.

Un día Mariana cayó enferma y estuvo en cama durante una semana. Su marido, en lugar de hacerle compañía, emprendía largos paseos. Su esposa entonces le hizo presente que, con sus continuas ausencias, los criados hacían lo que querían, pero Santiago le volvió la espalda y no contestó. Entonces, la tía Gertrudis, que creía que Santiago la obedecería, como antiguamente, bajó al patio, y con acento airado, le dijo que desenganchase el caballo del coche; pero él le respondió:

—Aquí nadie manda nada más que yo, que soy el amo.

Imposible sería pintar la cólera de la anciana y sus estridentes exclamaciones.

Los criados se reían de aquella escena; en cambio, Mariana, que lo había oído todo, lloraba amargamente. Su tía no quiso permanecer allí un momento más, y, a pesar de los ruegos y lágrimas de la joven, marchóse a Ricourt, dejando a su sobrina abandonada a su triste suerte.

Libre ya de la presencia de la pobre anciana, Santiago siguió su vida disipada; y no sólo no hizo caso

de los sanos consejos de Mariana, sino que hasta llegó a pegarle.

—¡Cuánta razón tenía mi tío Andrés — gemía la desgraciada esposa—, y cuán cruelmente castigada soy por no haber seguido sus consejos!

Los sufrimientos de Mariana eran inmensos; al mismo tiempo que buena y tierna esposa, era madre cariñosa y muy hacendosa. Educaba a sus hijos con gran esmero inculcándoles el amor a la virtud, y trabajaba con celo infatigable en la dirección de la casa; pero sólo recibía, en pago de sus afanes, los malos tratos de su marido y presentía la ruina de la casa.

Para hacer frente a sus vicios contrajo Santiago muchas deudas, y cuando llegó la época de reintegrar el dinero prestado, no pudiendo devolverlo, los acreedores le embargaron cuanto tenía.

Mariana no creía que estuviesen en tal mal estado los negocios de su marido. Así es que quedó horrorizada cuando vió presentarse a la justicia para hacer el inventario de sus bienes.

—¡Pobres hijos queridos! — exclamó la desdichada—. ¡Qué triste porvenir nos espera a todos!

El infame padre había desaparecido, dejando a su mujer e hijos en el mayor abandono.

XXIV.

CONTINÚA LA HISTORIA DE MARIANA Y SANTIAGO

La pobre Mariana, obligada a abandonar la casa paterna, no sabía dónde encontrar asilo, y lloraba implorando el auxilio de la divina Providencia. En esto se presentó su tía Gertrudis, y le dijo:

—Querida sobrina; he cometido una gran falta, engañada por las hipocresías de ese hombre malvado, no sólo aconsejándote que te casaras con él, sino también no cuidándome de asegurar tus bienes cuando te casaste,

y vengo para ofrecerte mi casa y protección. Te espero mañana.

Esta proposición causó a Mariana una gran alegría, y, al día siguiente, tomó un carro, y encaminóse a casa de su tía, acompañada de sus hijos, llevándose al mismo tiempo los pocos efectos que le quedaron después del embargo.

Su tía los recibió cariñosamente, y los condujo a las habitaciones que les tenía preparadas, disculpándose de que el mal estado de su fortuna no le permitiese ofrecerles otra cosa mejor. Mariana no ignoraba que su tía, por ser vanidosa, había perdido casi toda su fortuna, explotada por personas adulatoras, y que sólo vivía de una pequeña renta. Sin embargo, agradeció en el alma la bondad de la buena anciana.

Mariana acostumbrose al fin a las privaciones, haciendo una vida modestísima. Vendió las alhajas que le quedaban, y, como madre previsor, colocó a rédito el dinero que sacó de dicha venta, destinándolo para sus hijos. Trabajaba desde por la mañana hasta la noche, hasta en los campos, a la intemperie. Enseñó a su hija todas las labores propias de una mujer hacendosa, y, sobre todo, procuró inculcarles a todos el amor a la virtud. Mañana y tarde les hacía rezar antes de comer, los llevaba a la iglesia y los enviaba a la escuela de Ricourt. Los niños eran muy aplicados, e Isabel ganó el primer premio por su comportamiento, lo que causó mucha alegría a la excelente tía. Durante las noches de invierno, la niña leía a la familia libros muy instructivos, que le prestaba el cura. A Mariana le agradaba mucho ver a su hija leer, pues decía que era preciso alimentar más el alma que el cuerpo. En muchas ocasiones consideraba como una felicidad el cambio de su fortuna, pues, de continuar en Grosbois, acaso sus hijos hubieran seguido los malos ejemplos de su padre.

Mariana tenía por vecinos a los padres de Fridolín. A veces, cuando su tía iba de visita y los niños estaban

en la escuela, Mariana se iba un rato con su rueca a casa de sus honrados vecinos. Nicolás y Margarita la compadecían y consolaban. La amistad de aquellas gentes era como un bálsamo que endulzaba sus penas.

De cuando en cuando Fridolín iba a visitar a sus padres, y siempre les traía algún regalo, y el autor de sus días le recomendaba siempre que no dejase de orar, que fuese fiel a sus amos y no se apartase del sendero de la



...la niña leía a la familia libros muy instructivos, que le prestaba el cura... (Pág. 58.)

virtud. Mariana, cuando presenciaba estas escenas, decía :

—¡ Qué tesoro para un hijo tener tal padre !

Nicolás iba, como siempre, al bosque, pero, no pudiendo trabajar mucho, cortaba, con permiso del barón, varas de ávellano para venderlas a los toneleros y a los fabricantes de cribas. Un día tropezóse en el bosque con Santiago, haciendo un haz de varas de abedul, pues el

bribón, después de haber perdido, por el vicio de las bebidas, varios empleos muy buenos que le dieron, había quedado reducido a fabricar y vender escobas. Nicolás le aconsejó que se reuniese con su esposa e hijos; pero él le contestó que, después de lo ocurrido, su mujer no querría verlo, y, además, no quería vivir a costa de su orgullosa tía. Nicolás contó a Mariana el encuentro que tuvo con su esposo, y ésta le dijo:

—Buen Nicolás, procura volverlo a ver y dile que le suplico que vuelva a nuestro lado, pues le recibiremos con los brazos abiertos.

También la excelente esposa rogó a su tía que diese asilo en su casa al desgraciado Santiago, y ésta consintió, con tal de que él le pidiese perdón de las ofensas que le hizo.

Nicolás afanóse por encontrar a Santiago, y al fin lo logró. Dióle cuenta de su misión, pero Santiago mostró una gran indiferencia.

Mariana no volvió a saber más de su marido, pero corrían por el pueblo las más estupendas noticias respecto a él. Cuando fueron a prender a los ladrones que que habían querido asaltar el castillo de Finkenstein, la pobre mujer temió que su marido fuese uno de ellos. En efecto, al día siguiente supo por varias personas que su marido estaba preso. La tía Gertrudis estaba indignadísima, mientras Mariana, muerta de pena, pedía a Dios misericordia para el padre de sus hijos. Fridolín vino con frecuencia a ver a sus padres. Mariana le pedía noticias de su marido, pero él sólo pudo decirle que todo el mundo aseguraba que estaba complicado en grandes crímenes.

Un año pasó la desgraciada esposa en esta horrible incertidumbre, cuando una mañana vino Fridolín a anunciar a sus padres que Santiago sería condenado a muerte aquel mismo día. El excelente joven había venido inmediatamente con la sana intención de que su

familia preparase a la pobre Mariana a recibir la triste noticia.

Nicolás fué inmediatamente a casa de Mariana y, después de mil rodeos, le dió a entender el terrible acontecimiento. Tan pronto como supo la fatal nueva, la desventurada esposa cayó al suelo sin sentido, y los pobres niños gritaban dolorosamente. Gertrudis entró en la habitación de su sobrina para prestarle auxilio, y consiguió volverla en sí. Entonces Mariana, pálida como una muerta, manifestó sus deseos de ir inmediatamente a Grosbois para ver a su marido por última vez. Su tía se opuso a ello y trató de disuadirla; pero la desgraciada respondió:

—¡Tía, él es mi marido y el padre de mis hijos, y debo ir a verle!... Pero estoy aún como atontada. Dejádme que me recoja un momento y ordene mis ideas.

Después de rezar breves instantes, se volvió a Nicolás, y le dijo:

—Apreciable vecino, id inmediatamente a Grosbois y procurad entrevistaros con mi esposo. Enteraos en qué estado de ánimo se encuentra; abrazadle de mi parte, decidle la pena que me embarga por su infortunio, y que quiero verle y consolarle. Si teme que yo pueda hacerle reproches, decidle que yo le he perdonado y he olvidado todo, y que mi mayor alegría sería dar mi vida por él...

No pudo acabar, pues los sollozos ahogaron su voz. Inmediatamente Nicolás dirigióse a Grosbois, y volvió por la tarde diciendo que Santiago había protestado de todas las acusaciones y que no estaba conforme con la sentencia. No quería ver a Mariana, porque esta entrevista no haría más que aumentar los sufrimientos de ambos, y se mostraba reacio en recibir al cura de Grosbois, pues no quería que le hablasen de arrepentimiento.

—¡Oh gran Dios! — exclamó Mariana—. ¡Este es el más terrible de los males! No, nada puede impedirme

ir a Grosbois con mis tres hijos para intentar que se arrepienta... ¡Oh queria tía!, haced que preparen un carro mientras me visto.

—Serás complacida, hija mía — respondió la tía—, voy inmediatamente ; pero no te precipites ; aun tienes tiempo bastante para llegar de noche a Grosbois.

La tía salió, y, a su regreso, Mariana e Isabel estaban ya vestidas de riguroso luto ; los otros niños no tenían aún los vestidos terminados.

Al fin llegó el carro, en el que habían colocado unos haces de paja para que sirvieran de asientos. Colocáronse en el vehículo Mariana y sus hijos y emprendieron la marcha, siendo despedidos cariñosamente por una multitud de vecinos, que lloraban al contemplar aquella triste escena.

XXV

MARIANA INTERCEDE EN FAVOR DE SU ESPOSO

Era ya de noche cuando Mariana se detuvo delante del castillo de Finkenstein. Rogó al portero que se informase de si querrían recibirla en aquel momento. El portero la hizo entrar en su habitación, se apresuró a anunciarla al barón, y, poco después, bajó Fridolín, la saludó y la condujo al comedor.

Los señores de Finkenstein estaban a la mesa rodeados de sus hijos, y se conmovieron al ver la palidez de Mariana, que se acercaba acompañada de sus pequeños. La pobre madre detúvose a algunos pasos de la mesa, y las lágrimas le impidieron hablar. Daba lástima el verla. Isabel temblaba como su madre, y sus hermanitos se enjugaban con frecuencia con sus manitas las lágrimas que corrían por sus sonrosadas mejillas. Era aquel un cuadro tiernísimo. La señora baronesa, muy conmovida, acercó ella misma una silla, cogió de la mano a Mariana, y le dijo :

—¡Siento infinito vuestra desgracia! Venid, y tomad asiento a mi lado.

—Señora baronesa — le dijo Mariana—, permitid que antes dirija una súplica a vuestro generoso esposo, y apoyadla vos, respetable y bondadosa señora.

Entonces, la baronesa mandó a Federico y Luisa que se llevasen a los niños a otra habitación para distraerlos, y a Fridolín que les diese algo de comer.

Cuando los niños se hubieron ausentado, el señor de Finkenstein, anticipándose a Mariana, le dijo :

—¡Buena mujer, sin duda venís a pedirme el perdón de vuestro marido, pero no puedo complaceros!

—¡Demasiado lo sé, señor barón! Pero si eso es imposible, permitid que os dirija una súplica. He sabido que mi esposo no quiere arrepentirse y esto me causa una profundísima pena. ¡Ah! si su obstinación continúa, si no quiere volver a Dios en el tiempo que le resta de vida, concededle algunos días más para ver si así conseguimos su arrepentimiento, porque si muriese mi marido impenitente, no podría yo soportar esta desgracia, y moriría de pena.

—Mi buena Mariana — objetó el barón—, sus horas están contadas y no hay medio de retardar su muerte un minuto.

—Pues bien — respondió Mariana—; yo confío en que Dios me concederá la gracia de su arrepentimiento; y si esto sucediese, concededme el favor de que lo entierren en el cementerio, y así mis pobres hijos podrán arrodillarse sin horror sobre la tumba de su padre.

—Os complaceré — respondió el barón—. Como la sentencia nada dice acerca de este particular, pediré que el cadáver de vuestro esposo sea enterrado en el cementerio.

—¡Gracias, señor barón, gracias mil! Pero permitidme que os haga otra súplica, y es que acojáis bajo vuestra protección a mis pobres niños, que van a perder a su padre de un modo tan cruel. No ignoráis que la

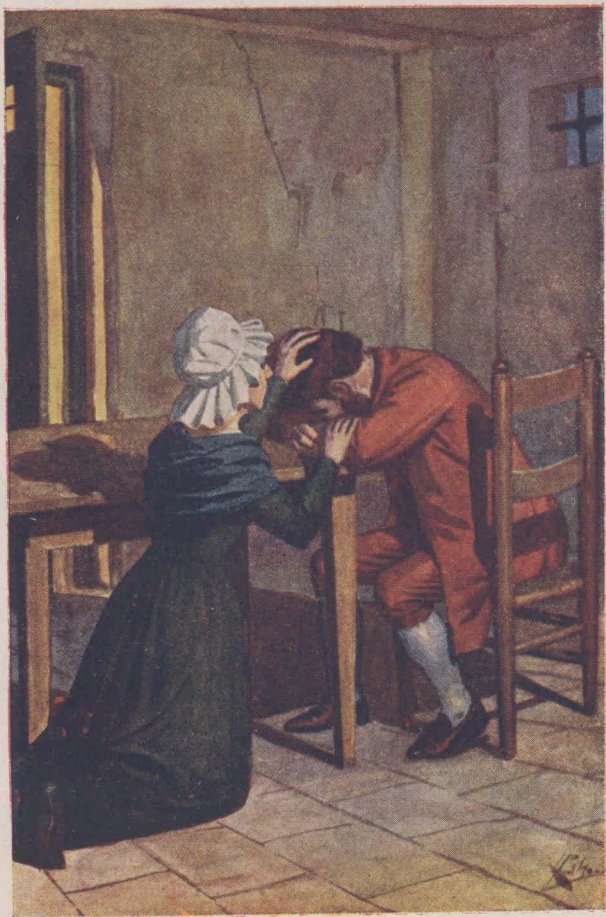


familia de un criminal es siempre despreciada por todo el mundo.

—Desde este momento estáis bajo mi protección — replicó el barón—, y castigaré severamente a los que se permitan ultrajaros, pues no sois responsable de los crímenes del desdichado Santiago. Además, siempre que me necesitéis, me tendréis dispuesto a seros útil.

—¡Dios os lo premie, señor! — exclamó Mariana—. Vuestra palabra me basta.

Iba a retirarse, pero la detuvo la baronesa, que quiso que se sentara y tomara algún alimento para reponer sus fuerzas. Mariana le dió las gracias, diciéndole que en aquel momento no le era posible comer nada. Sólo admitió un poco de pan y vino, que la misma señora le sirvió. Después se levantó, llamó a sus niños, y les hizo que besasen la mano a sus generosos protectores, quienes les acompañaron hasta la escalera. Fridolín les ayudó a subir en el carro.



Mariana se arrojó a sus pies y le dijo: (Pág. 65.)
FRIDOLÍN.—5

XXVI

MARIANA VISITA A SANTIAGO EN LA PRISIÓN

Era noche obscurísima cuando Mariana llegó a Grosbois. Al encontrarse delante de la cárcel, su corazón latió con violencia. La puerta de la prisión estaba abierta y custodiada por dos centinelas.

Hizo que llamasen al carcelero, y a poco se presentó éste con una luz en la mano. Al ver a Mariana, exclamó :

—¡ Cómo ! ¿ Sois vos ?

—Sí, mi buen Jorge... Pero decidme dónde está mi esposo. ¿ Está dispuesto a arrepentirse ?

—No, ni quiere oír hablar de ello.

El carcelero llevó a Mariana a su habitación, y la desdichada, después de haber saludado y abrazado a Catalina, la esposa de Jorge, suplicó a éste que la condujese a la prisión de su esposo, y dejó los niños con Catalina. Quería hablar a Santiago sin testigos.

Jorge tomó la luz y la condujo al calabozo de su marido. Al entrar le flaqueaban las piernas. Cuando vió a Santiago se horrorizó, pues estaba densamente pálido, y los cabellos y la barba en desorden. El terror no permitió hablar a Mariana, pero el preso exclamó con voz terrible :

—¡ Tú aquí, Mariana ! ¡ Vete, vete, quítate de mi presencia !

Y cruzando los brazos sobre la mesa que tenía delante, ocultó su cabeza.

Mariana se arrojó a sus pies y le dijo :

—¡ Querido Santiago, mírame ; no vengo a reprocharte ! Lo único que ahora me preocupa es la eternidad, y vengo para hablarte de ella. ¡ Ah ! ¡ salva tu alma ! ¡ Acuérdate de los primeros años de nuestro matrimonio ! ¡ Qué felices éramos ! ¡ Yo te amo siempre ; no me

rechaces ; ten piedad de mí, y piensa al menos en salvar tu alma !

Santiago levantó poco a poco la frente, dejó escapar un suspiro, y mirando fijamente a su mujer y a sus hijos, dijo al fin :

— ¡ Tierna y dulce esposa, qué desgraciada te he hecho ! Y a vosotros, queridos hijos, os he arrebatado la fortuna y el honor. ¡ Oh ! ¡ no os alejéis de mí ! quiero arrepentirme de todos mis crímenes. Antes, la muerte me causaba horror ; ¡ ahora me resigno a morir en el caldso ! ¡ moriré arrepentido por amor a vosotros !

Los sollozos le impidieron continuar. Un momento después, añadió :

— Querida esposa mía, déjame solo un momento y vete con los niños a la habitación de Jorge, y tú, Jorge, avisa al sacerdote que venga. Consolaos, quiero reconciliarme con Dios y expiar sinceramente mis crímenes, antes de comparecer ante su presencia.

Mariana dirigióse a la habitación de Catalina, y ésta, por encargo del carcelero, salió en seguida a avisar al capellán, que no tardó en venir. El ministro de Dios, después de saludar y dirigir a la mujer de Santiago algunas frases de consuelo, dirigióse al calabozo del reo. Mariana suplicó a Catalina que le permitiese pasar allí la noche, pues no quería ver a nadie en la situación en que estaba. Catalina preparó en seguida en la habitación contigua dos camas para los niños, que no tardaron en dormirse, después de tantas emociones y fatigas. La madre se arrodilló implorando a Dios concediese a su marido un verdadero arrepentimiento.

Al día siguiente, muy de mañana, Santiago hizo llamar al juez, le pidió perdón por haberle ocultado constantemente la verdad y se confesó culpable de cuantos crímenes se le imputaban. El juez, conmovido, le estrechó la mano cariñosamente y le dirigió frases de consuelo.

Mariana despertó a los niños. Isabel quería acom-

pañarla para asistir a la comunión del condenado, pero los dos pequeñuelos le rogaron que los dejara allí, pues les causaba miedo el terrible aspecto de su padre.

Mariana e Isabel se dirigieron al calabozo de Santiago, que estaba completamente cambiado; su mirada estaba serena, su fisonomía tranquila, sus largos cabellos y luenga barba habían desaparecido, y en lugar de sus harapos, vestía una túnica oscura. Presentó la mano a Mariana, y exclamó:

—Mi buena esposa, espero que Dios me perdone; perdóname tú también.

XXVII

ÚLTIMA ENTREVISTA DE SANTIAGO Y MARIANA

Mariana pasó gran parte del día con su marido, alentándole a bien morir. Por la noche fué de nuevo a verle por última vez, acompañada de su hija Isabel; él las estrechó tiernamente entre sus brazos; no se cansaba de contemplar a su hija, y comprendió lo miserable que había sido. Después preguntó por los pequeños, pues deseaba tenerlos a su lado, y su esposa le dijo que iban a venir.

En este instante entró Mauricio el guardabosque, que deseaba ver por última vez a Santiago. Este le dió efusivamente las gracias por su visita; recordó su antigua amistad, pidióle que le perdonase los malos ratos que le había proporcionado, y le suplicó que pidiese perdón en su nombre a los señores de Finkenstein por haber sido con ellos tan ingrato, y que les recomendase su pobre familia.

Mauricio había llevado consigo a Fridolín, que se había quedado en la puerta del calabozo, y derramaba sinceras lágrimas.

—Acércate, mi querido Fridolín—le dijo Santiago—; agradezco la bondad que me manifiestas llorando por un

miserable como yo. No te apartes jamás del buen camino que has seguido hasta hoy; sé siempre honrado y virtuoso, y aprende en mí y en Thierry las consecuencias que trae el observar una mala conducta. Sé feliz, ruega por mí, y, si tienes ocasión, muéstrate caritativo con mis hijos.

En esto entró el sacerdote y puso en las manos de Santiago una cruz, que éste besó. Después de rezar con gran fervor, el reo le suplicó que le regalase el crucifijo para legárselo a sus hijos.

Volvió a entrar el carcelero, y, acercándose al oído del sacerdote, le dijo que el verdugo aguardaba hacía rato para anunciar al reo, según costumbre, la hora de la ejecución. El sacerdote aconsejó a la madre y a la hija que se despidiesen, y que rogasen a Dios por su padre, con quien tenía que hablar aún.

Los sollozos redoblaron y Santiago expuso al sacerdote sus deseos de bendecir a su hija, pero que no se atrevía porque no sabía si con la mano que había vertido sangre podría bendecir.

El buen siervo de Dios, le respondió:

—Puesto que estáis verdaderamente arrepentido, podéis hacerlo. Lleno de confianza en Dios y en vuestro Salvador, bendecid a vuestra hija, y vuestra bendición será válida... Arrodíllate, Isabel.

La mujer del carcelero trajo al instante a Isabel y a Bárbara, que se arrodillaron al lado de su hermana. Con la voz entrecortada por los sollozos, dijo el desgraciado padre, extendiendo la mano:

—En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo os bendigo, mis queridos hijos Isabel, Bárbara y José, así como a vuestra tierna madre.

El sacerdote acompañó a la madre y a los hijos a la habitación del carcelero, y puso de su parte cuanto pudo para tranquilizarlos; pero, como Mariana había sufrido tan continuas conmociones, el buen capellán, temiendo

por su vida, permaneció a su lado para evitar que volviera a ver a su esposo.

Al día siguiente, antes de amanecer, Mariana se dirigió con sus Lijos a la iglesia para implorar la misericordia divina en favor del reo, sobre todo durante la ejecución. Como la iglesia estaba cerca del camino, oía el rumor sordo producido por los curiosos que acudían de todas partes para asistir al triste espectáculo; el chirrido de los carros y carretas le causaba horror; pero lo que le causó una angustia indecible fué el toque del tambor. Por último, oyó el sonido de la campana anunciando la llegada de los tres criminales al lugar donde estaba levantado el patíbulo. Aquello fué como una puñalada asestada a su corazón, y la desventurada esposa temía perder a cada momento el juicio. En aquel momento, en la iglesia no había nadie más que ella y sus tres hijos, pero a poco rato acudió la caritativa Catalina, abrazó a Mariana, consolándola con sus palabras. A no ser por ella, acaso hubiera la desdichada sucumbido a su dolor.

XXVIII

LA EJECUCIÓN

Mientras esto ocurría en la iglesia, los sentenciados a muerte, Santiago, Waller y Groux, fueron sacados de sus respectivos calabozos y conducidos ante el Ayuntamiento. La multitud llenaba la plaza, ventanas y tejados. El escribano leyó la sentencia.

Desde el Ayuntamiento fueron trasladados al lugar donde se había levantado el cadalso. Waller iba delante con paso firme, acompañado por el párroco de Ricourt; después venía Groux, por el de Bardurand, y por último Santiago, por el de Grosbois, a cuya parroquia pertenecía. A continuación marchaba el tribunal con el escribano, y, por último, un piquete de soldados. Una inmensa multitud ocupaba los alrededores del sitio de la

ejecución. El primero que subió al patíbulo fué Waller, y poco después cayó su cabeza bajo la cuchilla del verdugo. Groux fué decapitado como su compañero. Llegó el turno a Santiago, que, con el crucifijo entre las manos, exhaló el último suspiro.

Los que presenciaron aquella triple ejecución contemplaban horrorizados los cadáveres de aquellos desgraciados, y en este momento el párroco de Grosbois, pálido y con los ojos arrasados de lágrimas, aprovechando la emoción que todos experimentaban, dirigió al pueblo una tierna plática sobre el temor de Dios y la observancia de sus mandamientos.

Algunas semanas antes de ser sentenciados sus cómplices, Thierry había caído enfermo, y el médico ordenó que le despojasen de sus cadenas y le asistiesen con mayor cuidado. Con frecuencia venían a visitarle el médico y el sacerdote, pero la mayor parte del tiempo estaba solo entregado a la incertidumbre.

El día que se leyó a sus tres cómplices la sentencia de muerte, Thierry oyó el ruido extraordinario que había en la prisión y preguntó a Roberto, el criado del carcelero, a qué obedecía tanto estrépito. Roberto le contestó que iban a leer la sentencia de muerte a sus compañeros, los cuales serían ejecutados el viernes, y que por estar él enfermo no iría, como ellos, al patíbulo, pero que ya le llegaría su hora.

El día de la ejecución, cuando oyó la campana y el murmullo de la multitud que acudía al lugar del suplicio, quedó helado de terror. De pronto se abrió la puerta y apareció Roberto, acompañado de otro criado de la cárcel, los cuales le llevaron a un sitio desde donde pudiera presenciar la ejecución, con arreglo a lo dispuesto en la sentencia. La vista de aquel fúnebre espectáculo le produjo tal impresión, que, cuando lo llevaron de nuevo a su celda, estaba más muerto que vivo.

Desde entonces no podía olvidar la fatal cuchilla y una gran tristeza se apoderó de su ánimo. Pero no era

arrepentimiento lo que sentía, sino miedo al cadalso; así es que, habiéndole dicho la mujer del carcelero que no le quitarían la vida, que continuaría encerrado en la cárcel, quedó libre de un terrible peso, y continuó tan tranquilo como antes.

Por entonces el señor de Finkenstein dió colocación a Fridolín en casa del primer guardabosque de Grosbois para que le enseñara el oficio que más adelante debía abrazar. La mujer del guarda, que era muy compasiva, enviaba a Thierry de cuando en cuando algún plato apetitoso. Un día Fridolín le llevó un pollo asado, y saludó con su acostumbrado buen humor a Thierry; pero éste, que le envidiaba, le hizo un recibimiento poco afectuoso, y hasta le insultó groseramente. No obstante, se comió el pollo sin dar a Fridolín ni las gracias por habérselo llevado. El buen muchacho se afligió grandemente al convencerse de que Thierry seguía siendo tan malo como antes.

Entre tanto, la enfermedad que aquejaba al preso fué agravándose cada día más. El párroco de Grosbois iba con frecuencia a verle, pero no conseguía conmover aquel corazón sensual.

Un día en que el buen sacerdote salía de la prisión vivamente apenado, Roberto le preguntó qué opinaba respecto de la enfermedad de Thierry. Este, que se había acercado a la puerta de su celda, oyó al párroco contestar que sólo le quedaban de vida algunos días, consumido, como estaba, por la fiebre. Hablaron también de su rebeldía y duro corazón, y de los terribles castigos que le esperaban en la otra vida, muriendo impenitente.

Al saber que no había remedio para su enfermedad, el malvado Thierry quedó aterrado. Entonces comprendió el cariño y celo incansable que le prodigaba el párroco, y tomó la resolución de abandonarse completamente a su dirección.

Cuando al día siguiente, cediendo a las instancias de Thierry, entró el sacerdote en su calabozo, al primer

golpe de vista vió el santo varón el cambio que se había operado en el corazón del muchacho.

—Padre mío — imploró el desdichado—, ¿qué debo hacer para obtener la misericordia divina? Dignaos repetírmelo una vez más, pues os escucharé religiosamente.

El buen sacerdote, henchido de satisfacción y alegría, se sentó a la cabecera del enfermo, que parecía devorar cada una de sus palabras, y le habló desde el fondo de su corazón. Thierry confesó sus pecados, y sintió un gran alivio en su alma. Cuando el párroco se iba a retirar, el joven le expresó su agradecimiento, besándole las manos, cosa que no hacía antes, y le suplicó que volviese pronto.

XXIX

LA MADRE DE THIERRY

Cuando la madre de Thierry supo que su hijo estaba en la cárcel de Grosbois, su dolor no tuvo límites, y dirigióse inmediatamente a dicho punto. Presentóse al juez y, arrojándose a sus pies, le dijo :

—Disponed de todo cuanto poseo, reducidme a la mendicidad, pero salvad a mi hijo.

—Señora—replicó el representante de la justicia—; me compadezco de vos y de vuestro hijo, pero tengo que cumplir con la ley; cuando los padres no cumplen con sus deberes, es preciso que la justicia intervenga encerrando a los jóvenes perversos para evitar males mayores y corregirlos.

Entonces la pobre madre pidió permiso para ver a su Thierry, pero como esto no era posible hasta que no terminara la instrucción de la causa, se volvió a Minardeau más afligida aún.

Thierry, que se había enterado de todo esto, sentía honda pena por no recibir noticias de su madre, y contó sus cuitas al párroco. Este le respondió que su madre

no le había olvidado un momento, que estaba muy enferma por verle a él encarcelado, y que aun no podía abandonar el lecho. Ella también estaba al corriente de la enfermedad de su hijo.

Sin embargo, un día que Thierry estaba echado en su cama pensando en su madre, abrióse la puerta de su calabozo y entró aquélla.

Tan flaca y envejecida estaba, que casi la desconocía. Al ver a su hijo quedó como petrificada, y exclamó :

—¡ Ah, mi pobre y desdichado hijo !

El llanto inundaba su rostro y no le dejaba hablar.

—¿ Sois vos, madre querida ? — dijo Thierry—. ¿ No habéis olvidado a vuestro pobre hijo ? ¡ Cuánto os he hecho sufrir ! ¡ Si supierais cuánto me arrepiento ! ¿ Me perdonáis, verdad ?

—Hijo mío — respondióle su madre—, yo soy mucho más culpable que tú, pues por ser demasiado indulgente he causado tu perdición.

—No, madre querida ; sólo yo soy el culpable. Pero espero que Dios se apiadará de nosotros. El sacerdote que viene con frecuencia a verme me ha hablado hoy de las dichas celestiales. ¡ Ojalá lo hubierais oído... !

El desgraciado no pudo acabar ; le faltaron las fuerzas y cayó desvanecido en el lecho.

En este instante entró el médico, y después de tomar el pulso al enfermo, se encogió de hombros, ordenó que se le siguiera dando la misma medicina, y se marchó.

—¿ Creéis, señor, que mi pobre hijo se restablecerá ?

El médico hizo con la cabeza un signo negativo, y como la pobre madre no sabía cuál era el origen de aquella terrible enfermedad, el facultativo le dijo :

—Me extraña, señora, que no sospechéis la enfermedad que tiene a vuestro hijo postrado en el lecho. Las faltas por que está aquí detenido no son sus mayores pecados. Es un vicioso, y por eso se encuentra en el estado en que está.

Cuando el médico se hubo retirado, entró Fridolín,

que traía en la mano una escudilla tapada, y dijo con su acostumbrada bondad :

—Amigo Thierry, aquí te traigo un caldo muy substancioso.

Thierry, que ya era otro, le dió las gracias más efusivas.

Magdalena, su madre, no pudo menos de llorar al contemplar el sano y hermoso rostro de Fridolín y compararlo con las flacas y descoloridas mejillas de su hijo.

La pobre madre solicitó y obtuvo del juez autorización para que diesen a su hijo una habitación más cómoda, pues no quería separarse de él. El párroco venía diariamente a visitar al enfermo, y consolaba al mismo tiempo a la desgraciada madre.

La enfermedad del muchacho iba agravándose cada día y sus fuerzas se iban agotando. Magdalena no se separaba de su cabecera, le leía libros piadosos y le rodeaba de mil atenciones. Thierry le decía :

—¡ Dios os recompense vuestros cuidados !

—¡ Ah, hijo mío ! ¡ Ojalá hubiera tenido la misma vigilancia en tus primeros años !

Al fin dejó de existir Thierry. Murió, arrepentido, en los brazos de su madre. Esta no le sobrevivió mucho tiempo, pues al cabo de un año murió la infeliz. Los disgustos abreviaron sus días, y, como sólo tenía parientes lejanos y ricos, dejó la mayor parte de su fortuna al asilo de huérfanos.

XXX

FELICES DÍAS DE FRIDOLÍN

Fridolín hizo rápidos progresos en sus estudios para guardabosque, y su actividad era infatigable. En poco tiempo aprendió a distinguir los árboles, arbustos y hasta las plantas más notables. Como no carecía de talento, no tardó en hacerse él mismo un hermoso her-

bario. Además, estudió cuidadosamente todos los insectos, sobre todo los que perjudicaban a los árboles; perfeccionó su escritura, hizo grandes progresos en el cálculo y en la agrimensura; manejaba bastante bien los pinceles, y se ejercitaba en pintar ramas, flores y hasta hojas. El barón le regaló algunas obras de economía forestal, y el estudioso muchacho pasaba las noches estudiando lo que le parecía más importante. Para su edad tenía un gran caudal de conocimientos, pero no era vanidoso. El primer guardabosque, que era su maestro, como ya sabemos, y su esposa, que carecían de familia, le querían como si fuera su propio hijo.

Cuando el barón envió a su hijo Federico a la universidad, quiso que Fridolín le acompañase, pues sabía que su prudencia y buen natural sabrían reprimir la violencia y arrebatos tan propios en la edad del muchacho, que, por otra parte, quería mucho a Fridolín.

Cuando Federico hubo terminado sus estudios, su padre le envió a viajar, pero en compañía de Fridolín. Una noche, en una reunión numerosa, tuvo el baroncito un pequeño altercado con un joven noble, a propósito de una bagatela, y aunque Federico no empleó frases ofensivas, su contrincante se insolentó, le injurió y acabó por retarle a un desafío a espada o pistola. Los que presenciaban la discusión decían que el honor de Federico estaba comprometido y debía aceptar el duelo; pero Fridolín, asustado, dijo a su amigo:

—¡Acordaos de Waller!

Federico, sorprendido, guardó silencio un instante, y contestó:

—Tienes razón, Fridolín. Vamos primero a acostarnos, y luego pensaré fríamente en el desafío, pues por nada del mundo quisiera cometer la misma imprudencia de Waller, y hacerme tan desgraciado como él.

—¿Quién es ese Waller — exclamaron algunos jóvenes—, y qué imprudencia cometió?

—Cuenta esa historia, Fridolín, pues yo estoy demasiado irritado — dijo Federico.

Con tal calor y emoción contó la historia Fridolín, que todos sus oyentes se conmovieron.

Inmediatamente el joven que había injuriado y provocado a un duelo a Federico, se dirigió a él y le pidió solemnemente perdón, y los dos se abrazaron con gran contento de los demás jóvenes.

Cuando Federico volvió a su alojamiento, dijo a Fridolín, abrazándole :

—Tú has sido mi ángel protector ; me has preservado de una terrible desgracia, así como a mi familia. Te lo agradeceré toda la vida.

Por fin, después de un viaje felicísimo, los dos jóvenes llegaron a su pueblo natal, causando gran contento en sus respectivas familias. El buen Nicolás decía satisfecho :

—Yo no soy más que un pobre aldeano, pero no cambiaría este día de mi vida por todo el dinero del mundo. La satisfacción que procuran los hijos bien educados es el mayor goce que se puede disfrutar.

El hijo del barón se deshacía en elogios de Fridolín, y refirió la escena del desafío. Su padre quedó muy satisfecho del desenlace de aquella aventura y no menos de los certificados que había traído su hijo de la universidad, y de los grandes conocimientos que había adquirido Fridolín en la botánica ; así es que éste quedó en el castillo, no ya como criado, sino como secretario del barón.

Un año después del regreso de los jóvenes, pasó a mejor vida el antiguo jefe de los guardas forestales. El señor de Finkenstein llamó a Fridolín y le nombró para ocupar la vacante del primer guarda. El joven no se atrevía a creer que le dispensaran tanta distinción, y, como era muy modesto, dijo al barón que, para ocupar dicha plaza, había otro guarda más antiguo, que era el segundo jefe ; pero el noble señor le respondió que na-

die se ofendería, pues todos reconocían su superioridad, y que, por otra parte, como quería sacar mejor rendimiento a sus bosques, nadie tenía tantos conocimientos como él.

Inmediatamente Fridolín encaminóse a Ricourt para comunicar a sus padres tan agradable noticia. Los honrados ancianos quedaron asombrados de tan gran beneficio. Fridolín hizo que sus padres abandonaran su cabaña y fueran a vivir con él en la casa que le habían destinado. Así lo hicieron, y los tres vivían en la más perfecta unión.

Una noche, después de cenar, Nicolás dijo a Fridolín :

—Querido hijo ; tu pobre madre tiene mucha edad, y yo desearía que una mujer joven llevara el timón de la casa. ¿No has pensado en elegir esposa?

—He pensado mucho en eso — contestó el excelente hijo—, pero temía que no os agradase mi elección, pues amo a Isabel, la hija del desdichado Santiago.

—¡ Isabel ! — exclamaron alegremente los buenos ancianos—. Has hecho bien, querido hijo ; ése era nuestro deseo, pero queríamos dejarte en completa libertad para elegir. Esa muchacha es un modelo de dulzura y piedad, y conozco pocas personas que sean tan virtuosas y activas como ella. Además, sería una injusticia hacerla responsable del trágico fin de su padre.

Fridolín sintióse libre de un gran peso. Al día siguiente manifestó al barón su proyecto, y le pidió su consentimiento para casarse con Isabel. Los barones aprobaron su elección y le prometieron asistir a la boda con toda su familia, y de este modo testimoniar públicamente la alta consideración que dispensaban a una joven tan virtuosa como Isabel, ajena por completo a los delitos de su padre.

Todos estos proyectos los ignoraban Isabel y su madre, pues Fridolín, poco seguro del éxito, no quiso hacerles concebir esperanzas que podían frustrarse. Pero,

vencida toda dificultad y seguro del consentimiento de la joven, fué a pedir su mano a Mariana.

Imposible sería pintar la grata emoción que experimentó la pobre familia.

—Querida Isabel — le decía su madre—, Dios ha recompensado tu amor filial; el honor y la alegría, que me son devueltos, me hacen olvidar todos mis sufrimientos.

La boda se llevó a efecto en la antigua iglesia de Grosbois. Cuando Isabel, vestida con su traje de seda verde, ostentando en la frente las blancas flores de azahar, emblema de la virginidad, y en cuyo rostro pintábanse la inocencia y modestia, se acercó al altar al lado de Fridolín, cuyo esbelto talle y vistoso uniforme llamaba la atención de todos, más de un testigo recordó la boda celebrada veinte años atrás entre Mariana y Santiago, y comparó la enorme diferencia que había entre aquellos novios y los que en este momento contraían matrimonio.

Entre los muchos regalos que recibieron los novios, el que más llamó la atención fué el del señor de Finckenstein, consistente en un cuchillo de caza, en cuya hoja había grabado, con mucho arte, un muchacho al pie de una encina y en actitud de estar hablando a un pequeño corzo; escondido detrás del árbol distinguíase un viejo guarda que escuchaba con placer, sin ser visto. Fridolín, al fijarse en el grabado, exclamó gozoso:

—¡Oh, éste es el corzo que ha decidido de mi destino!

—Es verdad — dijo el barón, dirigiéndose a los convidados—; pero ese corzo no es más que un medio de que se ha valido la Providencia para proporcionarnos nuestro bien. Por eso he hecho grabar debajo de esa escena, que representa a Fridolín y a mi viejo Mauricio, estas sencillas palabras: *Dios es la suprema sabiduría.*



Biblioteca Selecta

VOLUMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen. (1.º)
11. Cuentos de Andersen. (2.º)
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinson.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícara vanidad.
22. Un charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «Gierra el ojo».
34. La virtud del horrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo.
39. Una ciudad flotante. (1.ª)
40. Una ciudad flotante. (2.ª)
41. Miguel Strogoff. (1.ª p.)
42. Miguel Strogoff. (2.ª p.)
43. Las Indias negras. (1.ª p.)
44. Las Indias negras. (2.ª p.)
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La Paloma.—El Canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolín.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El Condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac (1.º)
58. Id. id. (2.º)
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 1.º)
63. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 2.º)
64. Los Quinientos millones de la Begún.
65. De la tierra a la luna.
66. Alrededor de la luna.
67. El «Chancellor».
68. Las tribulaciones de un chino en China.
69. Una internada entre los hielos.
70. Veinte mil leguas de viaje submarino.
71. La vuelta al mundo en ochenta días.
72. Viaje al centro de la tierra.